

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 36. — Madrid 25 de Diciembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses..... 16 rs.  
 Seis meses..... 30 »  
 Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO

Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.  
 Un año..... 4 »

## PROPIEDAD

## DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO

Seis meses..... 11 fr.  
 Un año..... 21 »

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses..... 3 ps. s.  
 Un año..... 5 »

## SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Los dos años*, por Alfonso Pérez de Nieva. — *A Roma*, por Carolina Valencia. — *Un cuadro de Fr. Angélico*, por Alvaro López Núñez. — *¿Qué sería?* por Luis Coloma. — *Una conversión*. — *Epigramas*, por Isidoro de Lope y Moral. — *El Sacerdote*, por Ossorio y Bernard. — *La autoridad y la libertad*, por Augusto Nicolás. — *Bibliografía*. — *Conocimientos útiles*. — *Noicias*. — *Neurología*.  
 GRABADOS. — *El bautismo de Cristo*. — *La Plaza Mayor en Madrid*. — *Joven cristiana en las Catacumbas*.

## LA DECENA

El día 18 salió de Madrid con dirección á Roma la peregrinación diocesana, numerosa y brillante representación del catolicismo madrileño. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se propone tener al corriente á sus lectores de cuanto se relaciona con el Jubileo pontificio, conforme ha venido haciéndolo durante el año que está para terminar, y el que suscribe esta reseña reserva á pluma mejor cortada el cumplimiento de tan grata misión. En este lugar sólo debe consignarse que el entusiasmo de los romeros nos hacía contemplar con ansia su marcha á la capital del orbe católico. Dios les guíe en su viaje, en el cual les acompañan los fervientes votos de todos los católicos que no han podido realizarlo.

\*\*

«Se ha verificado en todo el territorio con completa tranquilidad el sorteo de los quintos del actual reemplazo.»

Con estos ó parecidos términos ha dado la prensa una noticia que afecta profunda y dolorosamente á innumerables familias.

Tres líneas consignando el hecho: ni una más, ni una menos. Los comentarios, las lágrimas, eso queda para el hogar doméstico.

Libreme Dios de compartir los procedimientos de los que un año y otro consagraron su pluma, su palabra, su más activa propaganda á combatir el servicio militar obligatorio, para después, olvidados de sus solemnes compromisos, conservar el tributo de sangre, empeorando sus condiciones. Libreme Dios de parecerme, aun dentro de mi pequeñez, á los hombres grandes que supieron encumbrarse hablando al alma de las madres, prometiéndolas que con sus democráticas doctrinas no habría más soldados que los que voluntariamente quisieran serlo, y que más tarde utilizaron las leyes de reemplazos, y aun incluyeron en ellas á

muchísimos individuos que juzgándose libres habían creado nuevas familias.

La patria necesita de sus hijos, y el servicio de las armas no puede evadirse; lo único que sí legalmente corresponde es dulcificarlo todo lo posible, generalizarlo como el espíritu de la igualdad verdadera reclama, hacerlo simpático á la juventud, y no perjudicar con él hábitos de trabajo y fuentes de producción.

Causa verdadero pesar, en períodos de paz como el que afortunadamente atravesamos, ver á una juventud robusta y ayer trabajadora prestando un servicio de guarnición, que crea en ella hábitos de holganza ó consagrada al servicio doméstico de los jefes y oficiales del ejército. Y en esto debían insistir muy especialmente los autores de reformas militares, que á diario nos van ofreciendo los diferentes partidos políticos. La reducción del ejército llamado

activo por antífrasis, y el aumento de las reservas en diferentes períodos, sobre descargar el presupuesto notablemente, permitiría que no se arrancasen á los talleres y á los campos esos cien mil jóvenes que durante años pasean ahora sus uniformes por las calles, y que al olvidarse de las tareas en su primera juventud son devueltos á ellas con una licencia absoluta.

Grande, respetable, nobilísimo es el servicio de las armas; pero por eso mismo ha de rodearse de todo el prestigio posible, y no juzgo que llenan este fin algunas arraigadas costumbres de nuestra patria.

El sorteo, por otra parte, debía sustituirse por diferente procedimiento, siquiera para que no se diese el caso de que compaginándose mal sus lágrimas con su acento, digan las madres á quien les pregunta por su hijo ausente:

— ¡Le ha tocado la suerte de soldado!

\*\*



EL BAUTISMO DE CRISTO.

(Bajo-relieve en marfil, atribuido á Torrigiano.)

La transformación que está sufriendo Madrid con motivo de las próximas festividades me ha hecho lamentar en otro sitio que se conceda tanta importancia á los placeres gastronómicos y tan escasa á los del espíritu. Los libros y los periódicos de aguinaldo no han logrado desterrar aquí ni competir siquiera con el turrón de Jijona y el mazapán de Toledo.

Pero la moda extranjera con sus *étrennes* y la tradición española con sus turrónes se refieren á los niños de familias bien acomodadas: los pobres sólo pueden en estos días de abundancia mirar envidiosamente los recargados escaparates, los puestos de golosinas, las instalaciones con nacimientos, figurillas de barro é instrumentos pastoriles. Y, sin embargo, nada sería tan fácil como el combatir semejante desigualdad social. Hubo en Madrid un comerciante alemán, Schropp, que logró muy regular fortuna vendiendo juguetes á los niños ricos, y que al llegar estos días del año acudía cargado con las existencias de su tienda á hospitales y hospicios, llevando alegría y consuelo con sus caballos de cartón, sus soldados de plomo y sus arcos de Noé á las criaturas enfermas y desvalidas. Hoy no vive Schropp; pero puede suplírsele con ventaja y á muy poca costa. ¿Cómo? Comprometiéndose cada niño rico ó regularmente acomodado á obsequiar con uno de sus juguetes á otro niño pobre.

De este modo se verificará por irradiación, no sólo la lotería que es un vicio, sino la caridad que es una virtud.

\*\*

El año pasado, por esta época, can-



taban á la puerta de mi casa, aporreando almireces, zambombas y latas de petróleo:

La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va,  
Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más.

La última parte del canto constituía una promesa, un compromiso de honor, un pacto, mediante el cual sufría yo con relativa paciencia el infernal ruido de la calle.

Pero ha faltado á su compromiso; esta noche suenan las mismas voces roncadas y destempladas, las zambombas mismas, los mismos almireces, las mismas latas de petróleo. ¿Y qué cantan? Lo de siempre:

... Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más.

¡Mentira! ¡mentira! lo mismo decís todos los años y no lo cumplís. Volveréis el año próximo, y el siguiente, y el otro, porque vosotros sois los mismos que durante la Edad Media acudíais á las representaciones de los templos, hasta que tuvieron que arrojarlos de ellos; los que luego hicisteis degenerar la misa del Gallo en fuente de escándalos; los que salís á la calle porque el hogar os arroja de su seno, y vais celebrando á vuestro modo el más tierno misterio de la religión. Muchos enronquecéis, otros vais quedándoos tendidos en las calles, algunos llegáis á la prevención ó á la Casa de Socorro á terminar la noche.

De vez en cuando, el ruido de la disputa se sobrepone al de los cantos; los almireces vuelan, tratando de averiguar la dureza del cráneo humano, escúchense maldiciones y blasfemias, y algunas notas sueltas de ese lenguaje universal que se llama *la navaja*. La sangre y el vino se mezclan en las duras piedras de la calle; la autoridad acude, los tribunales funcionan, y las cárceles abren sus puertas al homicida, y el depósito de cadáveres se las abre á la víctima.

Después renace la calma, y luego sigue, en progresivo aumento, el rumor de los instrumentos musicales y el ruido de las canciones, sobresaliendo en todas las estrofas, entonadas por roncadas voces, el estribillo de

¡Esta noche es Nochebuena!

\* \*

No. La fiesta del Nacimiento del Hijo de Dios es la fiesta de la familia y del hogar: los que creen celebrarla en la calle no la celebran.

Para ponerse en condiciones de considerarla en todo lo que es, supone y representa, hay necesidad de acudir á la casa y presenciar los preparativos de la construcción del nacimiento, viendo surgir bajo las rosadas manos de las criaturas el peñasco, formado de corcho y salpicado de golpes de vidrio machacado; el riachuelo formado por listones de cristal sobre azul papel, limitado en ambas orillas por blanca y menuda arena y verde musgo, sobre el que se colocan arrodilladas las incansables lavanderas de barro; los montes que se enlazan en el fondo; las sendas que permiten su ascenso; el puentecillo rústico de débiles cañas; la ciudad en lontananza; las chozas en primer término; aquí y allá figurillas de barro representando pastores y pastoras y paveros; en la parte superior la estrella de talco, que ha de conducir y guiar á los Magos del Oriente; en primer término, ocupando modesto portal de derruido edificio, el Niño Jesús, la Virgen Madre y el glorioso patriarca San José, así como los pacíficos animales que prestan calor al recién nacido. Es necesario ver luego encendidas las lucecillas que se esconden entre la verde hierba; compartir las alegrías y los entusiasmos infantiles; repetir acaso sus tiernas canciones; olvidar las asperezas de la vida que nos aguardan fuera de aquel recinto, y en él, con el calor de la religión, con el amor á la humanidad, volver á ser niños breves momentos, como lo fueron nuestros abuelos con nuestros padres, como nuestros padres lo fueron con nosotros, como lo serán un día nuestros hijos con los suyos, cuando nosotros no les podamos ver.

¡Qué hermosa es la Nochebuena dentro del hogar! ¡Qué triste debe ser para los infelices que carecen de él ó para los que ciegos lo abandonaron por extrañas ambiciones! Es labón entre el pasado y porvenir, símbolo de salvación y de libertad, la Nochebuena es la fiesta de los niños y de los viejos, de los que llegan con entusiasmo y de los que se ausentan con resignación; de los que piden primeros y brillantes papeles para la comedia de la vida, y de los que se disponen á buscar descanso, fatigados por las dificultades de la parte que les correspondió...

Y cuando la fiesta de Nochebuena va avanzando, y los cánticos se amortiguan, y las lucecillas del na-

cimento se apagan, los niños sonríen entre sus sueños y los viejos derraman tal vez una lágrima... encontradas manifestaciones que en aquel momento traducen una misma impresión: ¡la felicidad!

\* \*

De actualidad.

Un matrimonio timorato hace sus preparativos para la cena de Nochebuena. Después de comprar un magnífico besugo, el marido se pára extasiado delante de unos jamones de mazapán.

— ¡Escolástica! — dice á su costilla, — eso para después del besugo.

Y se dispone á entrar en ajuste, cuando la esposa le detiene tirándole del brazo.

— Desgraciado — le dice, — ¿intentas promiscuar? Compra, á lo sumo, una anguila, que es día de vigilia.

\* \*

Un pавero vende á un pobre cesante, que ha venido á Madrid para pretender, uno de los individuos de la manada.

Después de embolsarse su importe, y movido por un escrúpulo de conciencia, se acerca al comprador y le dice en voz baja:

— Cómaselo usted pronto, porque el pавo está cuajado de viruelas y es posible que muera antes de llegar la noche.

El cesante sonríe con tristeza y responde:

— Gracias, amigo, creo que el Ministro estará vacunado.

\* \*

Pero si la Nochebuena no merece este nombre, el día que la sigue aún es mucho peor.

Primer campanillazo el de un repartidor de periódico, que entrega, solicitando el aguinaldo, unos versos merecedores de todos los rigores del Código por los atentados de lesa Gramática que encierran. Los tiempos están muy malos y el porvenir tirando á negro: vayan dos reales al repartidor.

Y suena un segundo campanillazo, y se presenta un segundo repartidor: el fuego está roto y el combate empeñado en toda la línea; hay que sacar más municiones, porque las disponibles á mano durarán muy poco tiempo: pasan de treinta los periódicos ya diarios, ya semanales, que me suelen visitar.

Pero las nuevas municiones se acaban pronto por la presentación de diferentes enemigos, sin contar á los de carácter doméstico.

Los aprendices de la imprenta.

El mozo de la imprenta.

Los oficiales de la imprenta.

Los chicos de la encuadernación.

El amo de la encuadernación.

Los aprendices de los grabadores.

Los aprendices de la litografía.

El mozo del almacén de papel.

La portera.

El sereno del comercio.

El sereno del gas.

Los barrenderos.

Los de la ronda de alcantarillas.

¿Va uno al café? Allí están los camareros felicitando las Pascuas.

¿Va al teatro? Tarjetazo los que recogen los billetes, tarjetazo los acomodadores de localidades, tarjetazo los porteros del escenario.

¿Quiere uno afeitarse? La barba en estos días cuesta una peseta de aumento.

¿Asiste al cumplimiento de una obligación? Sus dependientes le aguardan para saquearle en toda regla.

La persecución de los aguinaldos se ha hecho tan general, que recuerdo á un pobre infeliz que hace años perdió á sus hijos y á sus padres; loco de dolor mató á su suegra y fué encerrado en una celda de la cárcel un día de Pascua. Allí, mientras se retorció desesperadamente, después de haberse dado una regular serie de cabezadas contra las paredes, vió entrar en el calabozo á un llavero, que le dijo extendiendo hacia él un papel lleno de quintillas:

— ¡Que tenga usted felices Pascuas!

\* \*

— ¡Juan! No doy aguinaldo á nadie; entorna media puerta de la calle y di á todos que me he muerto. A la media hora suena la campanilla.

— Juan, mira quién es y no olvides mi encargo.

— Señor... aguinaldo.

— ¿Quién lo pide?

— Los empleados de *La Funeraria*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LOS GRABADOS

### EL BAUTISMO DE CRISTO

(Bajo-relieve en marfil, atribuido á Torrigiano.)

La obra de arte que reproducimos en la primera página de este número se atribuye al célebre maestro florentino que residió en nuestra patria durante los últimos años de su vida, dejando señaladas muestras de su genio en las catedrales de Granada y Sevilla. El bajo-relieve que representa el Bautismo de Cristo por el santo Precursor, y que por su carácter corresponde positivamente á la primera mitad del siglo XVI, es propiedad de D. Augusto Bárcena, de Vigo, y está reproducido de una fotografía directa.

### LA PLAZA MAYOR EN NOCHE-BUENA

Reproducción del aspecto que ofrece en esta época del año la Plaza Mayor de Madrid: la lámina que publicamos no exige seguramente descripción alguna, que por otra parte tiene su complemento en el artículo *La Decena*.

### JOVEN CRISTIANA EN LAS CATACUMBAS

(Cuadro de Sichel.)

El cuadro de Nataniel Sichel, que reproducimos en este número, es una bellísima representación de las vírgenes cristianas que buscaban refugio en aquellas galerías sepulcrales en los días de la persecución: parece una figura de *Los Mártires*, de Chateaubriand, una de las jóvenes cristianas que, cubiertas de blanco velo, coronadas de hiedra, con una lámpara en la mano derecha y un tarro de oloroso ungüento en la izquierda, asistían al Santo Sacrificio que celebraba el Papa Marcelino sobre la tumba de un mártir.

El pintor Sichel nació en el gran Ducado de Hesse en 1844.

## LOS DOS AÑOS



UN parece que presencio la escena y han transcurrido muchos años desde entonces! Aquella noche se renovaban las velas del Nacimiento, cuyos escabrosos breñales, cubiertos de nieve, brillaban por modo tal con reflejos diamantinos, como si les hubiera caído encima una lluvia de estrellas; se adelantaban otro poquito en su viaje á los señores Reyes Magos, que así avistaban, al concluir el camino, el humilde portal, al que llegarían sin falta el día 6 de Enero, y luego de llenar la andorga con la clásica colación de la segunda Noche-buena, que á fuer de castellano viejo no dejaba nunca de cumplirse en el caserón de mi abuelo, toda la gente menuda, regocijada y alegre, requiriendo la más ruidosa colección de tambores, zambombas y rabeles que se ha oído, nos íbamos junto al peñasco á disparar villancicos coreados á todo bicho viviente.

La segunda Noche-buena se celebraba entre la familia con bullicioso bailoteo, animado por frecuentes rondas de dulces y rosoli que mi abuela pergeñaba por propias manos, y al sonar las doce suspendíase la danza para sacar los estrechos con toda la ceremonia y gravedad que el caso requería. Y como los chiquillos no gozábamos aun de puesto en la sala, dando treguas á zambombas y rabeles, arrastrábamos al abuelo sexagenario al comedor y haciéndole sentar junto al fuego de la enorme chimenea, le obligábamos á que nos contase de qué manera muere el año viejo y nace el nuevo y lo demás que entre ellos sucede, exigencia á la que de buen grado se prestaba el bondadoso anciano, pues nada le placía como el verse rodeado de la alegre turba que le oreaba el alma cansada con su frescura de infancia. ¡Cuántas veces, sin sacar nada en limpio, le oí referir en pintoresco lenguaje lo que hoy, ya hombre, he comprendido hasta la saciedad, por desgracia! ¡Pero cómo iba yo á entender entonces de contrariedades y desengaños! ¡Qué sabe el tierno arbolillo del furor del viento y de la fuerza del rayo!

— Escuchad — nos decía mi abuelo — dentro de un par de horas, á las doce en punto, abrid bien las orejas y oiréis en el aire un rumor de alas, es el año nuevo que llega á hacerse cargo del cetro del mundo. Como corre Diciembre viene envuelto entre pieles, porque os advierto que la estación de término se halla enclavada en la luna y figuraos si hará frío por allá arriba. El año viejo, á pesar de sus achaques, sale á recibir á su sucesor, y la nocturna señora, vestida con su fantástico traje blanco y resplandores largos, asiste á la ceremonia en calidad de madrina. El momento es solemne, el acto majestuoso; presencian los astros como testigos, que allí brillan, no con la débil claridad de lucecitas, sino con la lumbre de un sol cada uno, y preside la entrega el tiempo con sus venerables



barbas de... cuatro ó seis varas de largo y más blancas que la nieve, ¡que el buen señor cuenta tantos años como el globo terráqueo...!

Al oír esto abríamos unos ojos como platos y nos quedábamos con la boca abierta, considerando para nuestro capote y con el fin de formarnos cabal idea de las barbas del tiempo, que serían poco más ó menos de la misma longitud del comedor de casa del abuelo.

— El achacoso varón — seguía el narrador — deja á un lado el reloj que mide la existencia de los hombres, reloj sin fondo, nunca lleno de arena, lo que indica la condición mortal de la humanidad, y tomando el libro de registro de la vida, que el año viejo le presenta, comienza á repasar sus hojas para enterarse del pasivo de los hombres. Allí están anotados los malos pasos, las acciones vituperables, las horas perdidas, los crímenes, todos nuestros vicios, todas nuestras debilidades, terrible extracto en que nadie escapa, sin que el tiempo advierta, como empleó cada cual la ración que de sí propio le dió al nacer á esta humana jornada.

El que más y el que menos de los oyentes empezábamos á repasar, ante semejantes especies, los días de novillos, los papeles que prendíamos al maestro en el faldón de la levita, las azotinas que nos daban en casa, desde luego por nada bueno, y maquinalmente mirábamos á la puerta, dispuestos á apretar á correr si el tiempo aparecía en los umbrales con el librote susodicho en la mano.

— Pero lo más curioso — seguía mi abuelo, encantado de su misma narración — es el diálogo que, mientras acontece la lectura del registro, sentados en dos estrellas cercanas, sostienen el año viejo y el nuevo. Tú por tí, porque en el reino planetario no hay jerarquías, así hablan uno y otro muy calladito ante el temor de que cualquier cometa les oiga y vaya con el chisme á la tierra.

— Vamos á ver, criatura — pregunta el año viejo — ¿Qué idea traes del mundo?

— ¡Qué es una bola! — responde el año joven, un sí es no es balbuciente.

— Oh año novel...! Tú serás infeliz, te lo pronostico. Empiezas tu mando diciendo la verdad y eso es fruta prohibida entre los hombres... Tienes razón, el mundo es una bola, una mentira...

— Todos los viejos sois iguales. ¡Qué aires os dais de sabios!

— Pues mira, esa es otra debilidad que me han pegado los mortales. ¡Ah, pobre mozo, ya dejarás tan insulsa modestia, porque la tal virtud no está de moda bajo las nubes, y á los que las poseen les sucede como á las violetas, nadie les hace caso. Allí en la tierra basta que dos digan de un tercero que es un genio para que los demás le extiendan en seguida carta de tal! Ya verás tú mismo como anda aquella grillera dirigida por varios audaces, á los que obedecen millones de tontos...

— ¡Pero es desconsolador lo que me dices...! Ese mundo tan inmenso, tan esplendoroso, con horizontes tan dilatados, poseedor de vida, dueño de movimiento, ¿alberga tanta pequeñez como me pintas...?

— En nada exagero. Tú no entiendes aun de obras escénicas; pero cuando lleves siquiera diez días en tu solío comprenderás que el mundo se asemeja á muchas comedias en las que se desarrolla una fábula detestable, encubierta bajo las sorprendentes apariencias de unas decoraciones magníficas...

— ¡Entonces todo es aparente en mis dominios...!

— Todo, hijo, todo; todo superficie. Los hombres habitan en la costra de la tierra, y en la vida moral jamás llegan á conocerlos sino por la costra.

— ¡Válgame Dios! ¡Yo que pretendía enterarme de quiénes eran sólo con mirarlos...!

— ¡Mejor es que ignores quiénes son. Uno de nuestros vasallos ha dicho que el rostro es el espejo del alma y no puedes figurarte cuántos he visto empañados...!

— ¡Pero entonces no se hace justicia á nadie en el planeta que voy á habitar...!

— Sí se hace, pero hay larga cola á la puerta de su palacio, y los sitios de preferencia los ocupan siempre las inutilidades. En todo el período de mi reinado no he podido conseguir nunca que el talento de ley llegue á alcanzar un puesto seguro en primera fila, porque la envidia, la intriga, la maledicencia, le toman la delantera y se cueclan de rondón dejándole á un lado. Y no intentes remediar semejantes vicios; como no seas sordo, mudo y ciego, no conseguirás reinar tranquilo.

— Pues reformaré esas costumbres y daré el premio á quien le corresponda y el castigo á quien lo merezca.

— Te harás odioso y te llamarán tirano. ¿Crearás que me voy á la eternidad sin conocer ni de vista á la consecuencia...? Los mortales son todos unos girasoles...

— Pues lo que tú no has podido con la razón yo

lo alcanzaré con el sentimiento. Hablaré al corazón de los hombres y despertaré su inteligencia. Lo bueno es lo bello, la belleza engendra la moral...

— Estás charlando como un krausista rapazuelo; ya te enterarás de quiénes son esos señores, otra de las calamidades de allá abajo. Pero dime: ¿pretendes hacer venturosa á la humanidad con brisitas y alboradas y demás monerías de la naturaleza?

— No veo otro medio sino desplegar todas las galas de la creación... Seré un año á gusto de cada cual de los habitantes de la tierra.

— Pues la única manera de lograr eso que pretendes es hacer llover desde mañana mismo un chaparrón diario de monedas de oro sobre el mundo.

Y aquí acababa el diálogo, porque á la última campanada de las doce, después de dar el ósculo de despedida al año entrante, hundíase el saliente en la eternidad. Y con la terminación del cuento disolvíase el alegre corro de muchachos que rodeábamos al abuelo, y comentando para nuestro capote y según el entender de cada quisque cuanto habíamos oído, nos íbamos á la cama temblando de miedo y asustándonos el más mínimo ruido que turbase de pronto el silencio de la noche. Entonces apenas si entendíamos muchas de las especies que los dos años discurrían; ahora, al recordarlas, acuden á mi memoria llenándose de tristeza, porque el tiempo se ha encargado de comprobarlas. ¡Bien haya la inocencia de la primera edad, que tenía nuestra razón sumida en las tinieblas; en la fuerza de la vida buscamos la luz y nos la encontramos limitada por la sombra! Ayer suspirábamos por ser hombres y ¡quién volviera hoy á los albores deleitables de la niñez! Pero esta es la triste condición humana; siempre despreciando lo que posee y siempre corriendo tras lo imposible!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

## A ROMA

### I

Hubo un tiempo de triunfos, ya lejano,  
En que reina del mundo te llamaste;  
Hubo unos días de esplendor y gloria  
Célebres en los fastos de la historia  
En los que al Orbe entero dominaste;  
En que dictaste á tu capricho leyes  
Que acataron temblando  
Con ciega sumisión pueblos y reyes;  
En que al alzar triunfante tus pendones  
Y al recorrer el mundo en son de guerra,  
A la potente voz de tus legiones  
Callaron asombradas las naciones  
Y estremecida retendió la tierra;  
Y bajo el peso de tu férreo yugo  
Mil pueblos agobiados se sintieron;  
Y al eco formidable de tu nombre  
Mil coronadas frentes se rindieron,  
Y tú llegaste á ser en paz y en guerra  
El águila gigante cuyas alas  
Bastaron á cubrir toda la tierra...

Mas ¡ay! que tanta fama y poderío  
Eran no más las ostentosas galas,  
El lujoso atavío  
Con que una eterna juventud mentías:  
La púrpura imperial con que cubrías  
Un corazón del todo corrompido  
Y tu nombre gigante,  
Eran ¡ay! solamente  
La fachada magnífica y brillante  
De un palacio por dentro carcomido  
Y cuyo propio peso le arruinaba;  
Pues de la gloria humana en la alta cumbre  
Y cuando el mundo entero te envidiaba  
Vacías en abyecta servidumbre  
Y con nombre de reina eras esclava,  
Esclava del tirano á quien servías,  
A cuyos pies, imbécil, te arrastrabas,  
Cuyas infames leyes adorabas,  
Cuyos nefandos vicios aplaudías;  
Esclava de tus miserables pasiones  
Que pasabas las noches y los días  
Entregada á mil locas diversiones;  
Y mientras en el campo de la gloria  
Tus valientes sin tregua peleaban  
Y por darte el honor de la victoria  
Su sangre generosa derramaban,  
Tú, esclava envilecida,  
Con sed inextinguible de placeres  
Dejabas deslizar la torpe vida  
Sin la menor noción de tus deberes;  
Y sangrienta y feroz como la hiena  
Acudías al circo presurosa  
A saciar tus instintos inhumanos,

Viendo cómo morían los cristianos  
Destrozados por tigres en la arena...

Eso eras tú, la altiva soberana,  
Tú, la reina del Tiber orgullosa,  
El espanto y terror de las naciones,  
La señora del mundo victoriosa...

Y ¿dónde estaba la mano poderosa  
Cuya fuerza bastara á libertarte  
De situación tan triste y vergonzosa?  
¿Dónde estaba la luz esplendorosa,  
Cuyo rayo benéfico  
Las sombras del error desvaneciera,  
Y tus errados pasos  
Por camino más recto dirigiera?  
Allí donde tú menos lo esperabas:  
En esa cruz que tanto aborrecías,  
En esa religión que abominabas,  
Que tan bárbaramente perseguías,  
Cuya extinción completa deseabas:  
Llegó por fin el día venturoso  
Desde todos los siglos decretado  
En la mente del Todopoderoso,  
En que la altiva Roma se postrara  
A las plantas del Dios crucificado;  
Brilló para tí el sol puro y sereno  
De la fe que á salvar al mundo vino;  
Huyó el politeísmo de tu seno,  
Y tú adoraste el Lábaro divino,  
La redentora Cruz del Nazareno  
Que dió el cetro del mundo á Constantino.

Desde entonces dejaste para siempre  
La absurda religión que profesabas,  
Y las impías aras demoliste  
De los mentidos dioses que adorabas;  
Y desde entonces, Roma, ya no fuiste  
La esclava sin poder de tus pasiones,  
Ni pasaste los días entregada  
A tus abominables diversiones.  
Ya no fuiste feroz como la hiena,  
Ya no tuviste instintos inhumanos,  
Ya no acudiste al circo presurosa  
A ver cómo morían los cristianos  
Destrozados por tigres en la arena...  
Y si en expiación de lo pasado  
Tuviste que sufrir grandes dolores,  
También para endulzar tus sinsabores  
Tuvistes otro Dios y otros altares  
Y otra sublime Religión, que tiene  
Consuelos para todos los pesares...

### II

Han transcurrido ya diez y seis siglos  
Y la Cruz salvadora  
Aún extendiendo sobre tí sus brazos  
Te cubre con su sombra protectora;  
Mas tú ya pugnas por romper sus lazos:  
Su reinado de paz ya no te agrada,  
Ya la quisieras ver hecha pedazos,  
Ya tienes nuevamente contra ella  
Una lucha sacrilega empeñada;  
Ya á nombre de adelanto y de progreso  
A toda idea santa haces la guerra,  
Y ultrajas de tu orgullo en el exceso  
La dignidad altísima y sublime  
Del Vicario de Dios sobre la tierra,  
Que en tu recinto prisionero gime  
Afligido, mas no desalentado,  
Bajo el nefando yugo que le oprime;  
Ya no adoras al Dios crucificado;  
Ya temerariamente  
Con un arrojo, á la verdad visible,  
A luchar te dispones frente á frente  
Del Supremo Monarca Omnipotente  
Y pretendes vencer al Invencible...  
¡Pobre Roma! ¡cuán grande es tu demencia!  
¡Cuán triste es tu destino!  
¿Piensas vivir sin Dios y sin conciencia?  
Si buscas libertad é independencia,  
La buscas, en verdad, por mal camino.  
¿Quieres volver á ser lo que antes eras  
Cuando en el circo con furor insano  
Gritabas: ¡Los cristianos á las fieras!  
En tiempos de Nerón y Diocleciano?  
Ese camino llevas ciertamente;  
Mas si atrevido, impío é insolente  
Tu labio impuro sin temor blasfema,  
Mira no escriba Dios el anatema  
De su reprobación sobre tu frente;  
Mira que es su palabra omnipotente,  
Y que tiene á sus pies el firmamento,  
Y que es en su presencia todo el mundo  
Cual leve arista que arrebatara el viento;  
Y que cambia su enojo en un momento  
En un desierto estéril, infecundo,  
El imperio más vasto, noble y rico,  
Como cuando, á pesar de tu grandeza,  
Tu orgullo subyugó con la fiera  
De las hordas salvajes de Alarico.



## III

Y no importa que alegre te diviertas,  
No importa que no temas el castigo  
Y que duermas segura de tu suerte,  
Mientras tienes á Dios por enemigo:  
¡Ay! También Baltasar se divertía  
Tranquilo y descuidado  
Y apuraba las heces del pecado  
Entre el ruido y los brindis de la orgía;  
Y mientras insensato se reía,  
Aquel Dios inefable  
Cuyo inmenso poder él no temía,  
Delante de sus ojos escribía  
Su sentencia de muerte irrevocable...  
¡Oh, Roma! ¡pobre Roma! me parece  
Que sobre tu cabeza ruge airado  
El furioso aquilón de la tormenta,  
Y ¡ay de tí! si su voz no te amedrenta  
¡Ay de tí! si no temes el nublado,  
Y obstinada persigues adelante  
Orgullosa y triunfante,  
Por la senda del mal que has comenzado!  
¡Ay de tí! si no enmiendas lo pasado,  
Si no adoras la Cruz del Nazareno;  
¡Ay de tí! si no escupes el veneno  
De esas falsas doctrinas,  
A la doctrina de Jesús extrañas;  
¡Ay de tí! si no arrojas de tu seno  
El cáncer que devora tus entrañas.

CAROLINA VALENCIA.

## UN CUADRO DE FR. ANGELICO

**P**oco antes de que los heraldos del Renacimiento desenterrasen las obras de la antigüedad gentilica para beber en tan fecundas fuentes la belleza plástica de limitados vuelos que distingue á aquella época revolucionaria del Arte, vivía en las soledades pacíficas de la Toscana un humilde dominico, en cuya alma, candorosa como las ilusiones de una niña de cinco años, parecía haber colocado Dios algo de la sencillez divina de los espíritus celestiales; porque, efectivamente, algo maravilloso debieron observar en aquel hombre sus coetáneos, cuando conociendo la pureza de aquel corazón, la fervorosa piedad de su alma y la placida mansedumbre del que había de ser honra de la Orden dominicana y preciado florón de la pintura religiosa, llamáronle *el hermano angélico*, nombre dulcísimo con que ha pasado á la historia la figura verdaderamente grande del beato artista.

Cuéntanos la biografía que Guido di Pietro (así se llamaba el fraile) nació en Vecchio allá hacia las postrimerías del siglo XIV; que profesó en el convento de Dominicos de la ciudad de Fiesole, donde fué modelo de todas las virtudes, no menos que asombro de los demás Religiosos, por la lucidez privilegiada de su talento, lo que le valió la oferta que el Pontífice le hizo del Arzobispado de la ciudad de los Médicis; no aceptó distinción tan honrosa y tan justa Fr. Angélico, prefiriendo, en su sencillez ingénita, la oscura humildad de la celda al esplendor social de la mitra, y el pincel modesto del artista enclaustrado al áureo anillo del pastor espiritual. Su fecundidad correspondía á su ingenio y á la universal aptitud que le hacía cultivar con perfección las varias ramas del complejo arte á que consagraba sus estudios y desvelos; así vemos que lo mismo por la miniatura, á la que en los comienzos de su carrera se dedicó con una escrupulosidad matemática, que por los monumentales frescos y retablos pintados por él para su convento y por la multitud de sus hermosas tablas, de inapreciable valor, mereció este santo dominico el inteligente aplauso de su tiempo y la admiración de la posteridad: que no de otra cosa es digno quien compuso de tan delicadísima manera, dando á sus figuras una expresión tan aérea y celestial y un colorido tan fino y transparente, que no debe sorprendernos ver al buen religioso (que hacía una especial oración para prepararse á pintar) verter abundantes lágrimas ante las figuras religiosas que trazaba su mano, y más de una vez arrojarse en angelical sueño, mecido por la dulzura purísima, las delicias inenarrables y las ilusiones místicas que en su ferviente alma hacían germinar las escenas sagradas de sus cuadros... Y así, en esta vida hermosa, custodiada por el retiro del claustro, pintando cuando no oraba y dejando el pincel para volver á la oración, permaneció en la tierra Fr. Angélico, hasta que ya de muy avanzada edad, en 1455, voló al cielo su candoroso espíritu, dejando los recuerdos de su vida para edifica-

ción de su Orden, y las obras maravillosas de sus manos para estudio y asombro de los pintores<sup>1</sup>.

Entre los trabajos de Fr. Angélico siempre ha llamado poderosamente la atención una magnífica tabla que representa la salutación angélica. Es asunto éste muy común en la pintura de los pasados tiempos, y por lo tanto, de muy difícil desempeño acertado. Rebosa tanta poesía la Anunciación, que nada tiene de extraño que los pintores más afamados hayan querido plastificar la divina escena de la Encarnación del Verbo tal como nos la refiere el inspirado historiador San Lucas en el comienzo de su Evangelio. ¿Dónde hay, en efecto, más rico venero para el genio de un artista que la visita celestial con que un enviado del Eterno sorprende las meditaciones purísimas de una doncella hermosa, saludándola con palabras nunca oídas en labios humanos y comunicándole la estupenda noticia de ser ella la escogida entre todas las mujeres para Madre del Hijo de Dios? ¿Dónde manantial de ternura tan fecundo como aquella confusión de la Púdica Flor de Nazareth, y aquella siguiente mansedumbre con que, temblorosa ante la magnitud de su propia elevadísima dignidad, se declara la esclava del Señor, sometándose á la voluntad soberana de Éste? ¿Dónde fuente de tan rica inspiración como aquel momento solemne evocado todos los días por millones de creyentes que repiten la salutación de San Gabriel cuando la campana hace vibrar sus bronces llamando al *Angelus*?

Este es el momento escogido por Fr. Angélico de Fiesole para exteriorizarlo en su valiosa tabla.

¡Qué preciosa, qué interesante, qué ideal es la figura de la Virgen María! El pintor beatífico vertió en ella los más delicados toques de su genio artístico, la representación más fiel de un corazón creyente. Yo me imagino á Fr. Angélico arrobado en místico éxtasis, pidiendo á Dios, desde los pliegues más hondos de una conciencia templada con el sacro fuego de la oración, la luz increada, la inspiración divina, la habilidad soberana del Supremo Artífice, para combinar las líneas y colores, las sombras y las luces que habían de representar la imagen de la Madre del Verbo; y tembloroso de emoción santísima, perfilar aquellos contornos delicados, animar aquellas manchas, dar vida espiritual á las figuras materiales que brotaban de su pincel... Imposible describirlos aquella mujer primorosa, interesante, ideal: sería necesario que la tosca pluma que estas líneas escribe fuera tan privilegiada como el pincel de Fr. Angélico para poder decir cómo es aquel rostro divino, sin semejarle, porque su expresión excede los límites de lo humano, no tiene nada de terrestre, revela algo inefable y santísimo que no vemos aquí abajo la generalidad de los mortales, y que se presenta á otros más afortunados y virtuosos como vaga reminiscencia de los favores con que Dios distingue á las almas fervorosas que sueñan constantemente con el cielo.

Imaginaos una carne transparente que el pintor se vió obligado á admitir para dar forma á una idea altísima; en aquella frente tersa, cual fresco pétalo de azucena, brilla luz celestial engendrada en ella por el ósculo del Espíritu Santo; dorado rizo, graciosamente recogido con verde cinta, sirve de áureo marco á aquella frente purísima, al mismo tiempo que se desprende sobre la espalda artística trenza; los oscuros ojos inclínanse modestamente como corresponde á la que se proclama esclava del Señor; ligero rubor, semejante á los tenues arreboles de las primaverales auroras, esmalta con rosadas tintas sus mejillas aterciopeladas: la Virgen se confundió al saber que iba á ser madre; la bendita boca es diminuta y la limitan encendidos labios, terminando la cabeza oval por una barba redonda como la de una niña de cinco años. La sencillez castísima de Fr. Angélico descubrió el nacimiento del seno virginal de María, estrecho y recogido, apoyando sobre aquel pecho que había de dar calor al Hijo del Hombre las manos cruzadas de la Rosa Mística. Un haz de luminosos rayos emanados del seno de la Eternidad inunda á la Paloma de Sión, llevando entre sus átomos de oro aquella otra paloma blanca, emblema del Consolador Espíritu que con sus alas leves había de *hacer sombra* á la Doncella. Sencilla falda roja orlada de dorado encaje, y manto azul con igual festón, constituyen la vestidura de la Sagrada Mujer, que sentada y con el libro sobre su regazo presenta una actitud tan simpática, un continente tan noble y tan modesto, que impresiona dulcemente el ánimo aun del hombre más incrédulo.

No menos bella es la figura del celestial paráninfo. Es el Arcángel San Gabriel en la tabla de Fray Angélico un niño delicado, de mórbidas líneas, de

blanca y sonrosada tez, de rubia y rizada guedeja; dotado de áureas y vaporosas alas aparece humildemente inclinado ante María, asombrado por la grandeza del acto de que él es anunciador. ¡Qué beatífica expresión inunda el rostro de aquel niño...! ¡qué primor en los detalles! ¡qué pureza en los contornos! ¡qué claridad y finura en el colorido!

Cobija á estas dos figuras elegante estancia abovedada, que semeja el templo, y en cuyo uno de sus traveses posó Fr. Angélico una hermosa golondrina que en su pico sostiene verdosa rama.

Es muy común hallar en los cuadros antiguos rota la unidad del conjunto con escenas que, aunque no completamente extrañas á la principal, están sin embargo alejadas de ella por el tiempo y el espacio: en tales escenas señalábase las causas ó márcanse las consecuencias del hecho primordial que movió el pincel del artista. Esto, que no es muy propio del genio del Arte, en cuanto que falta á una de sus primeras condiciones, es hasta cierto punto científico, porque de un golpe de vista se comprende la razón histórica del asunto pintado y las consecuencias que de él se han desprendido; y en la pintura mística convierten lo que simplemente sería un momento histórico, un cuadro de devoción, en una verdadera lección de Teología. Así lo vemos en la *Anunciación* del monje de Fiesole, de que estamos hablando en este artículo.

En diferente recinto del ocupado por las dos primorosas figuras que aproximadamente quedan descritas, aparecen las de nuestros primeros padres, en menor tamaño que el de aquéllas. Adán y Eva, confundidos y llorosos, avergonzados y arrepentidos, abandonan el Paraíso terrenal amenazados por la espada ígnea del Ángel del Señor, pero con la dulcísima esperanza de ser un día regenerados por la nueva Eva, Madre en la gracia (como la primera lo fué en la naturaleza y el pecado) y cuyo immaculado pie había de aplastar la venenosa cabeza de la infernal serpiente. He aquí en esta escena, maravillosamente pintada por Fr. Angélico, la razón teológica (si así puede llamarse) de la *Anunciación*, que tan alto ha colocado el nombre de aquel pintor insigne.

Completan la magnífica tabla cinco carteles de pequeñas dimensiones, y que sirven como de zócalo al cuadro principal. Representan aquéllos, notables episodios de la vida de Nuestra Señora: sus purísimos desposorios con San José, la visita á su privilegiada prima, la adoración de los reyes orientales, la presentación del Divino Niño al viejo Simeón en el templo y la gloriosa muerte de María. En todos estos cartelitos es donde mejor brillan la minuciosidad y delicadeza de la miniatura, género de grandes dificultades, pero que Fr. Angélico cultivó siempre con envidiable acierto, aplicando las reglas especiales de dicho género á los cuadros aun de mayores dimensiones, como observan los que han visto las obras del ilustre religioso, existentes casi todas en las ciudades de la Toscana.

Tal es la obra del eximio dominico que como preciosísima joya de inestimable valor se guarda en nuestro rico Museo del Prado, de Madrid<sup>1</sup>. En ella se observa un asunto bien meditado y sencillamente compuesto; correcto dibujo con exquisita pureza en las líneas, claridad y transparencia en el color aplicado con gran limpieza, vida y finura en las encarnaciones, encantadora verdad en las actitudes, brillante luz, suaves sombras, dulzura angelical en las fisonomías, riqueza en los detalles, variedad y armonía en el conjunto, y ese *quid divinum*, algo que se siente y no se explica, hálito del cielo, producto de la actividad creadora del genio que diluye en sus obras una chispa de aquel ardor superior que anima su imaginación inspirada.

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

## ¿QUÉ SERÍA...?

(Conclusión)

## II

**M**IENTRAS cruzábamos las diversas calles que á casa de la Rabina conducían, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetía la voz pública. Yo no la conocía, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivía. Tan sólo una tarde, volviendo yo con cierto caballero del famoso hospital de X\*\* situado

<sup>1</sup> De la escuela pictórica de Fr. Angélico (tal vez de algún discípulo) es una tabla que representa el *Santo Entierro* y que existe en la capilla del distinguido y recomendable Colegio de Ríoseco, fundado por el erudito D. Francisco Peinador, de piadosa memoria.

<sup>1</sup> Número 14 del Catálogo. — Salas de Alfonso XII.



en las afueras de la ciudad, ví por el camino que conduce á las vecinas huertas una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas: hundida en los almohadones del testero, iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aun vive en Madrid, anciano y achacoso, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja su doncella, ó sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Coordinando entonces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debía de ser la misma estantigua que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le había visto hacer, y la devoción con que se encomendaba en el recibimiento al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debía de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klostock.

Doña Adela de M\*\*, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debía de frisar por aquel entonces en los setenta años. Su padre, segundón de una casa ilustre, y por extraño caso rico, había figurado en las Cortes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Toreno, y emigrado más tarde á Francia, cuando la reacción de 1823. Allí se había educado por lo tanto la entonces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba á luz en el orden literario á los románticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que aplaudían el Hernani de Víctor Hugo, y en el social á la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisienses habían adelantado mucho; para sacudirse á un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48 les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entonces en aquel cielo literario dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de Doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, Madame de Girardin más tarde, y la baronesa de Duvenant, célebre ya por desdicha, con el nombre de Jorge Sand. Estrechaba esta amistad la afición común á las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisonjero nombre de las tres Gracias. Decíase que en estas tres décimas Musas se había inspirado el bueno de Jerónimo Paturot, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Flibustokoi, improvisaban, como Corina sobre el Capitolio, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y pantalones. No sé lo que habría de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de Doña Adela con Jorge Sand había sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años después, un ejemplar de *La mare au Diable*, que la célebre novelista francesa regalaba á su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicatoria:

*Aller Ego.  
Georges.*

Nadie pudo saber nunca por qué razones había abandonado la Rabina el bullicio de París quince años ántes de estos sucesos, para venir á enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor ciega y viuda de un marino: excelente y sencilla mujer que se pasaba la vida haciendo calceta á tientas, y narrando á sus domésticos los extraños viajes que había hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que según el dicho de la doncella de Doña Adela había muerto seis meses ántes.

La Rabina no recibía á nadie, ni salía nunca de casa, como no fuese en carruaje cerrado, á respirar á larga distancia de la ciudad el puro ambiente del campo. Jamás se había acercado en tan largo período de tiempo á recibir los Santos Sacramentos; nunca se la había visto entrar en la Iglesia, y la primera y única vez que había ido á visitarla el Cura párroco habíase negado á recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso instinto con que adivina los caracteres y profundiza los misterios, habíala bautizado con el nombre de *la Rabina*, teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta que empleaba los largos ocios de su vida en escribir un libro sobre la emancipación de la mujer, destinado á producir grande ruido en el mundo. Ignoro también si esto era cierto: pero sí puedo asegurar, que cuando en 1867 se celebró en New-York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mu-

jer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras, que recibió aquel comité femenino con pretensiones de masculino, fué la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre en las listas que publicó entonces *The North American Review*, periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vinoseme á las mientes un pensamiento, en que no me había fijado nunca. La Rabina había permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupción en que había vivido, lo excéntrico de sus costumbres, y su falta absoluta de ideas religiosas, jamás osó la mordacidad pública hincar el diente en nada que á su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios: nunca la fea cebolla dió rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradicción, formé entonces un mal juicio: pensé que la Rabina habría sido en su juventud una de esas forzosas Lucrecias, que llevan la salvaguardia de su honor en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista á la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: á pesar de que ya en aquel tiempo contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, á la vista de aquel caserón destartado, una especie de inquieta zozobra, semejante á la del escolar desaplicado que va á examinarse, ó á la del alcalde de montera que se prepara á pronunciar el discurso de recepción á un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguán empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducían á los entresuelos, y enorme portón de roble labrado en el fondo. Pareció éste abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entonces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol, y una galería larga y anchísima, todo destartado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa ví, que sería realmente casual; pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningún ruido se oía, ningún ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formación sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusiéronse en pie al mismo tiempo, arquearon el lomo, empinaron á compás el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron á correr maullando lastimosamente. Acordéme de nuevo de las brujas de Macbeth, y traduciendo al inglés sus maullidos, parecióme que venían á significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

*¡Double, double toil and trouble!  
¡Fire, burn; and, cauldron, bubble...!*

Repito que lo tuve por casualidad: pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortésmente, sin llorar ya, pero haciendo aun algunos pucheros:

—Éntre, Padre, éntre, que voy á avisar á la señora...

De la mampara adentro, la decoración variaba por completo: halléme entonces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisiense de tiempos del Directorio: tan sólo faltaba, para que la ilusión fuese completa, alguna *Merveilleuse*, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que á esto se aproximaba se veía por las paredes: fijéme desde luego en un retrato de hermoso colorido, que representaba á una mujer de treinta á cuarenta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor había escrito en torno del busto la célebre frase atribuida á Manon Phlipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó á lo lejos la estatua de la libertad.

—¡Libertad...! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

—¡Bella frase! —pensé yo. —Lástima grande que no se le ocurriese á la famosa republicana, hasta que le tocó á ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente á este retrato había otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba á un joven pálido, de frente elevadísima, negra y larga cabellera, corbatín alto hasta las orejas, y ajustada levita. Era Víctor Hugo, en los tiempos en que escribía dramas románticos.

1. ¡Doble trabajo: doble fatiga!  
¡Arda el fuego y hierva la caldera!

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Veíanse en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardín, sobre un banco de musgo: tenía un libro en la mano, en el cual parecía leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leía: *Ledia*.

—¡Ledia! —dije para mí. —¡La novela que no se atrevía á leer á solas Chateaubriand, con ser tan poco propenso á escrúpulos, no obstante su poético misticismo...! ¡La obra más páfida de Jorge Sand; aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma...!

A los pies de la novelista francesa, pues ella era, en efecto, había tendido en tierra un gallardo manco, que con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecía escuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar quién fuera éste, porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, á la Rabina misma, á la vieja setentona que en aquel momento iba yo á contemplar por primera vez frente á frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Éntre, Padre... La señora le está esperando...

### III

Entré sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina aquella caricatura de literatura que yo me había figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decía Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Lejos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho á la vaporosa de Delfina Gay, y no podía compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto á una chimenea en que ardía vivísimo fuego; y no obstante lo adelantado de la estación, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalofríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en pie con gran trabajo, y pude entonces admirar su majestuosa talla, que no había logrado encorvar el peso de setenta años. Tenía el pelo blanco como la nieve, peinado *en bandeaux*, como decían las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas, que tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nívea de sus canas hacía resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro una expresión de energía, cercana ya á la fiera.

—Siento haberle molestado á usted, Padre; —me dijo —pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado á usted en vez de avisar al Párrroco.

Yo la escuchaba absorto, porque jamás había oído una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oído: aquel acento en aquella mujer hacía verosímil la antigua fábula de las Sirenas. Mi admiración no me impidió sin embargo comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decía bonitamente la Sra. Rabina, que estaba de más en su casa: respondía, pues, haciendo ademán de marcharme.

—En nada me ha molestado usted, señora; pero si ha sido una equivocación...

—¡Oh, no, no! —exclamó ella vivamente. —Quédese usted, ¡se lo suplico...! Para mí es igual: quizá mejor... Lo mismo podrá usted darme un consejo; resolverme una duda...

Sentámonos entonces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario, ántes de comenzar una conversación de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

—Me dijo su doncella de usted que esta mañana habían tenido un gran susto.

—¿Susto? —dijo ella.

Y fijó en mí una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de esta palabra. ¡Y sin embargo, la pobre vieja estaba temblando!

—Susto, no; —prosiguió al cabo lentamente— Sorpresa... desengaño, sin duda... Yo no lo hubiera creído nunca... Conoció mucho en París á Allan Kardec, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reía de sus embelecos... Y sin embargo...

—¡Pues vamos ganando! —pensé yo al oirla. —La visita del diablo la ha convertido de incrédula en espiritista.



Y cruzando los brazos debajo del manto, me dispuse á escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

— No sé si sabrá usted que tuve la desgracia de perder hace seis meses á mi única hermana... Mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

— Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba á decir *fanática*, y la miré fijamente á la cara.

—...devota, concluyó ella, y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero á un sobrino de su marido, y me nombraba á mí su albacea, dejando también á mi arbitrio el número de Misas que habían de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir que la Rabina se sonreía imperceptiblemente.

— Yo me cuidé muy poco de esto,—prosiguió

diciendo.—Confieso que hice mal: porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al Cura de la parroquia hace unos quince días, encargándole que dijese diariamente una Misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano como de costumbre, y me puse á escribir de nuevo al Párroco, diciéndole que desde el día de hoy cesasen las Misas.

Al llegar aquí, pareció conmovirse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó hácia atrás la rica cachemira en que se envolvía.

— Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Había terminado ya la carta... muy corta... cuatro líneas; y faltaba solo la firma... Fui á ponerla; pero sentí entonces una impresión desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuición de que no estaba sola... que estaba allí mi hermana, detrás de mí, á mi dere-

cha... He oído que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso, y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo; y la volví en cuanto solté la pluma... Y esto es lo atroz, Padre... lo que quiero comprender, y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hácia adelante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

— Esto no se explica, Padre; pero es cierto; cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando á mi misma silla, ví una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo, y sería otro prodigio explicarlo... pero lo ví tan claro, tan claro, como lo veo á usted en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí había forma sin materia, sin color; palabra sin voz... y en medio, algo que sentía



LA PLAZA MAYOR EN MADRID.

yo ser mi hermana... dos ojos, los suyos... su mirada triste, tristísima, que parecía implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caían cara abajo... Me levanté con tal ímpetu, que el sillón fué á dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entonces se alargó la sombra hasta llegar á la mesa, y con la punta de aquella oscuridad tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frío ó de espanto. Yo no volvía de mi estupor al oír aquella singular historia, y sentía también algo de los desfallecimientos del miedo.

— ¿Pero no sería eso alguna ilusión?—dije sin embargo.—Quizá usted misma borró la firma al levantarse, con los picos de ese mantón ó con el roce de la manga...

— ¡No, no, no! —gritó la Rabina.—El mantón no lo tenía puesto... Las mangas... ¡Vea usted!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de tafetán gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubría mancha de tinta ninguna.

— ¡Eso es lo que me aterra! —añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo.—Eso es lo que quiero saber... ¿Cree usted posible que el alma de un muerto venga del otro mundo á impedir que le acorten los sufrimientos?...

— ¡Sí, señora! —respondí yo con firmeza.—Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si usted me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos; y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo probable, porque para lograr sus fines, se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde á menudo con cosas naturales,

pero desconocidas; ó mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan sólo ocultas, y á veces hasta vulgarísimas... Y si no, ¿dígame usted, señora... ¿padece usted de insomnios...? ¿Durmió usted bien la noche pasada?...

— Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

— ¿Estaba usted impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana...?

— No, señor... Mi hermana era una mujer muy vulgar: en nada congeniábamos, y me preocupó muy poco su muerte... Y si no me impresionó en el momento, ¿cómo me iba á impresionar hasta ese punto, al cabo de seis meses...?

— Pero cuando empezó usted á escribir esa carta, ¿tenía remordimiento de no cumplir la voluntad de la difunta...?

— ¿Remordimientos? —gritó la Rabina saltando en la butaca.— ¡Ninguno...! Lo único que sentía era





JOVEN CRISTIANA EN LAS CATACUMBAS.

(Cuadro de Sicel.)

Ayuntamiento de Madrid



pena de haber gastado en Misas aquel dinero, que me parecía mejor empleado en darlo á los pobres, ó... en tirarlo por la ventana...!

Imposible es describir el acento de espantosa convicción y la especie de diabólica rabia con que pronunció la Rabina aquel — *tíralo por la ventana!* — Embargóme al oírlo un doble sentimiento de terror y de lástima: díjela sin embargo:

— Pero á lo menos pensaría usted entonces en su hermana... Tendría siquiera pesar de que no cumplía sus deseos.

— No, señor: en nada de eso pensaba... Había escrito antes otra carta para París de mucha importancia, y de tal modo me preocupaba lo que en ella decía, que me equivoqué tres veces en las cuatro líneas que escribí al Párroco... Ni siquiera tenía idea de que allí se trataba de mi hermana...

— Pues si la ilusión no consiste en eso, puede consistir en algún otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete...? ¿Puede efectuarse en él alguna ilusión óptica, quizá algún fenómeno de espejismo?

— No lo creo... Pero aunque así fuere: ¿cómo me explica usted que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¡Venga usted...! Allí está todavía... Examinela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pie, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habían trocado: yo parecía el incrédulo, y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

— ¿Pero usted no ha examinado después la carta?

— No, señor... No he tenido valor para mirarla...

Estuve por decirle que á mí también me faltaba: pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tebanos ante la esfinge. Era la pieza un pequeño *boudoir* elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su dueña, que conservaba en todo las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una carterita de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de ésta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde lejos algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocara á una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examinela atentamente por el derecho, por el revés, al trasluz, al tacto...

¡Ah! la Rabina tenía razón: no era aquella una mancha de tinta: no había borrado la firma el roce descuidado de un mantón, ni tampoco el frote de una manga. Era una mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo á la huella tostada que deja sobre un papel el contacto de algo candente...

Miré entonces á la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentía frío en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer: pero un diablo de muchísimo talento.

## IV

Tres años después, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquila de defunción. Era de Doña Adela de M\*\*, muerta en X\*\* el 24 de Abril de 18\*\*, *después de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La esquila no hacía mención de parientes ni amigos: sólo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré á encomendar á Dios el alma de la difunta; mas no era sólo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví á abrir los ojos: parecíame siempre que iba á ver en la oscuridad del aposento aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lágrimas de fuego que corrían en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...

LUIS COLOMA, S. J.

(Del Mensajero del Corazón de Jesús.)

## UNA CONVERSIÓN

**D**e Santander escriben lo siguiente:

«El Señor acaba de consolarnos con la noticia de la muerte edificante de un médico joven, á quien conocíamos y queríamos por su bondad, y por la solicitud con que atendía á los pobres en un reducido hospital, poco

distante de esta ciudad, que corre á cargo de las Hermanas de San Vicente de Paúl.

Era el mencionado joven un sujeto en quien se fundaban legítimas esperanzas por su ciencia y por las muchas simpatías que supiera atraerse con su conducta. Solamente á sus amigos católicos inquietaba una cosa: el joven médico no sólo no era cristiano práctico, sino que hasta había olvidado las oraciones que aprendiera en los días de su infancia de labios de su madre.

Nuestro joven enfermó, y á pesar de que se le veía morir, como vulgarmente se dice, nadie era osado hablarle de confesión, temiendo espantarlo.

Las Hermanas del hospital rogaban por él y le hacían frecuentes visitas, que el enfermo recibía con deferencia y gratitud. Animadas por este recibimiento, y confiando en el favor del cielo, tomaron á su cargo hablarle de confesión, y anticipadamente le ofrecieron una medalla de Nuestra Señora de Lourdes, para que la Inmaculada Virgen se dignara mover aquella alma á penitencia. El joven médico aceptó la medalla, y contestó á las Hermanas cuando le hablaron de confesión que, como no tenía fe, era completamente inútil cuanto le dijeran para moverle á confesarse.

Confiando en el auxilio de Nuestra Señora de Lourdes, las Hermanas insistieron, proponiéndole una conferencia con un Padre Capuchino, muy estimado en el país.

— Bien está, las contestó: con gusto recibiré al Religioso, pero es inútil que me hable de confesión, No puedo confesarme.

Confiando en la Madre de Dios, en cuyas manos pusieran aquel delicado é importante negocio, las Religiosas salieron del aposento del enfermo, y avisaron al Padre Capuchino. Mientras tanto, la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrando en el alma del infeliz ateo con misteriosa eficacia, le movió á tener á solas la conferencia en cuestión. A este fin, llamando á su hermana, la dijo:

— Así como llegue el Padre hazle entrar sin dilación, y déjame solo con él.

Así se hizo.

La visita y la conferencia fué tan larga, que se pasó en ella toda la mañana, empleada por el Religioso en refutar las objeciones del incrédulo. Este había quedado completamente desarmado, pero no del todo convencido. Para no fatigarle en demasía, el P. Capuchino se retiró, diciendo al enfermo que volvería á visitarle, y añadiendo:

— Todavía no quiere usted confesarse; pero esto vendrá más tarde.

Esperaba que la Virgen Santísima alcanzaría al joven médico la gracia necesaria para que fructificara la semilla celestial acabada de sembrar.

Y no esperaba en vano, porque apenas hubo salido el Religioso, el enfermo, sintiéndose interiormente movido á meditar, llamó á su hermana y la dijo:

— Necesito estar solo; no permitas, pues, que nadie éntre á verme.

Las órdenes del paciente fueron cumplidas, y pensando que aquellos eran momentos decisivos, muchos rogaban fervorosamente para que la gracia diera sus frutos.

No fué largo el recogimiento del enfermo, quien poco después, completamente trocado, dijo á su hermana:

— Sin demora llama al Padre. Necesito confesarme: no quiero morir sin antes haber recibido los Santos Sacramentos. Conozco que hasta que los haya recibido faltará la paz á mi espíritu.

Pensando darle gusto, la hermana le dijo:

— Avisaré al Padre: pero si te parece le rogaré no dé gran solemnidad al acto, para que éste te impresione menos.

— ¿Y por qué? — objetó con energía el enfermo. — Muy al contrario, hermana mía, deseo que todos sepan que muero como buen cristiano: quiero dar satisfacción y reparación pública á Dios y á los hombres.

El joven enfermo, antes empedernido ateo, gracias á la inagotable misericordia de Nuestra Señora de Lourdes, recibió los Santos Sacramentos con la fe y el fervor más vivos y edificantes.

Hubiérase dicho que era un San Luis Gonzaga. El que poco antes miraba con tal indiferencia los objetos religiosos quería en aquellos momentos estar siempre rodeado de ellos; y tomando el Crucifijo y la medalla de Nuestra Señora de Lourdes, los besaba con sin igual ternura, amor y confianza.

— Venga usted — decía á una Hermana de la Caridad que estuvo á visitarle; — venga usted y recuérdeme los puntos de la doctrina cristiana, pues los tengo olvidados. Enséñeme particularmente el rezo del Rosario.

Y con un ardor seráfico repetía las oraciones del Rosario, que la religiosa le enseñaba.

Sus buenas resoluciones fueron de día en día corroborándose, y durante las tres semanas que se prolongó la enfermedad edificó á cuantos se le acercaron con su resignación cristiana, su paciencia en los dolores y las efusiones de su piedad.

Llegado el momento supremo, como quiera que su inteligencia poseía toda la claridad de sus mejores días, repetía á menudo, hablando con los que le rodeaban:

— Rogad por mí.

Y levantando el corazón al cielo, añadía:

— ¡Dios mío, tened misericordia de mí! ¡María, valedme!

Muchos amigos del moribundo, postrados de rodillas en derredor de la cama, oraban fervorosamente por él, sin tener ningún respeto al *qué dirán*: y verdaderamente era esto admirable, porque aquellos eran de los amigos que tampoco creían cuando el moribundo gozaba de buena salud.

El joven médico espiró apaciblemente en el ósculo del Señor, y su conversión fué el motivo de la conversión de sus amigos, que desde entonces se han trocado, de hombres sin fe ni prácticas, en fervorosos creyentes.

Siempre las obras prodigiosas de Nuestra Señora de Lourdes tienden como primer fin á la conversión de los pecadores, por los cuales recomendó con tanta instancia la oración y el sacrificio.

## EPIGRAMAS

Á MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL RVMO. P. D. JOSÉ DEAS, ABAD DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS BENEDICTINAS Y RECTOR DEL COLEGIO DE MISIONEROS DE ULTRAMAR, DE MONTSERRAT.

(Traducción de dos epigramas de Nuestro S. P. León XIII.)

## I

*Contra la esperanza de los impíos, no se verá nunca interrumpida la serie de los Romanos Pontífices.*

Arrojado del solio, dura cárcel  
Cierra el paso á un León, y entre cadenas  
Su esplendor yace antiguo y poderío.  
¡Ha caído! rugiendo de coraje,  
Grita el impío, de su triunfo ufano...  
Vana esperanza: sobre pueblos dóciles  
Leyes otro León dicta sagradas;  
Reteniendo del Orbe el sumo imperio.

## II

*Profecía del triunfo de la Iglesia.*

Oid, pueblo, oid el vaticinio  
Del Pontífice sumo. — Ya aparecen  
Luces brillantes en el alto cielo;  
El caos transformado en claro día.  
A su vista de súbito espantados  
En el tártaro se hunden los horrendos  
Mónstruos que al cielo apellidaron guerra.  
Mas aunque á Dios infieles, mal su grado  
El portento confiesan, y su crimen  
Con llanto lavan. Cesan las discordias;  
Cesa la guerra, y en muy dulce lazo  
Junta el amor los pechos. Reflorecen  
La piedad primitiva, las virtudes,  
La paz hermosa, el pudor casto é ingenuo.  
Arrojada muy lejos la caterva  
De herejes y heresiarcas, ya la antigua  
Ciencia dirige á los itales pueblos.  
¡Oh bella Amonía! por tus muchos triunfos  
Eres esclarecida y prepotente.  
Te muestras ante el mundo en tu cultura,  
Y en la cristiana fe de tus mayores!

ISIDORO DE LOPE Y MORAL, Pbro.

EL SACERDOTE <sup>1</sup>

(Traducción de Olivier des Armoises.)

«...En el centro del campo de batalla;  
Junto al soldado en el violento choque;  
Cuando la muerte á la espantada vida  
Persigue sin piedad en sus rencores,  
Y moribundos mil llenan sangrienta  
La tierra por doquier; cuando los héroes  
En tan terrible instante son verdugos

<sup>1</sup> Del libro *Album infantil*, que muchos de los más importantes colegios han elegido para premios en los actuales exámenes.



O víctimas; en cuadro tal de horrores,  
Junto al muerto insepulto y desdeñado,  
Cuyo abandono hace temblar al orbe,  
Al lado de olvidado moribundo  
Sólo se ve caritativo á un hombre...  
Un hombre que al combate marcha inerme  
Con supremo valor: el Sacerdote.

Cuando la peste diezma á los humanos  
Que aterrados contemplan sus horrores,  
Y no hay hermanos ya, deudos ni amigos,  
Y el hombre con terror huye del hombre;  
Cuando la voz del prójimo se olvida;  
Cuando hay madres acaso que abandonen  
Al hijo de su amor ante el peligro,  
Un hombre le acompaña: el Sacerdote.

Y cuando el mundo de su seno lanza  
Algún gran criminal, sin que perdone  
Juez inflexible el crimen, y al verdugo  
Le entrega al fin; si rígidos entonces  
Amigos y parientes le abandonan  
Y afrentoso cadalso le recoge,  
Un amigo le queda, á quien acaso  
Insultó anteriormente: el Sacerdote."

OSSORIO Y BERNARD.

## LA AUTORIDAD Y LA LIBERTAD.



o hay sino un modo de defender la autoridad y es el de someterse á ella.

— La autoridad deja de serlo, si no es soberana.

— Hay quien pretende poder ensanchar ó restringir á su sabor la autoridad; aplicarla, según los tiempos y lugares; acomodarla á las miras de los hombres y hacerla servir á sus designios. Esto es ser ministro de la autoridad, y dejarla reinar, pero no gobernar.

— La libertad consiste en hacer lo que se quiera, haciendo lo que se debe.

— La libertad es, en todo, hija de la autoridad, lejos de ser su rival.

— No es la autoridad el enemigo de la libertad, sino la tiranía.

— Toda sumisión legítima nos pone en participación con la autoridad, y por ella con la libertad.

— El hombre es siempre dependiente, porque es un sér creado; y solo es un sér libre, cuando es un sér sumiso.

— La sumisión es la palanca de la libertad.

— El cristianismo no es la libertad, sino porque es la autoridad; y en el mundo no se engrandeció la libertad, sino por su sumisión á la autoridad libertadora de la Iglesia.

— Permanecer fuera de la autoridad, es negarla. ¿Qué será ponerse sobre ella?

— Cuando más se lleven, á la última expresión, los términos de respeto y alabanza á la autoridad, más se agrava al atentado que se comete contra ella, no obedeciendo.

— Entre todos los ataques que se han dado á la autoridad de la Iglesia, no conozco otro más pernicioso que el que procede por respetos.

— La fe implica la autoridad, porque es hija de la sumisión.

— El principio supremo del protestantismo es excluir toda autoridad.

— Hay que levantar la verdad de la autoridad, por la autoridad de la verdad.

— Entre las preocupaciones que estremecen al mundo, la más falsa y la más desastrosa es la de no considerar la libertad sino razón inversa de autoridad.

— Siendo la libertad el movimiento de la misma vida del hombre, según ese falso juicio no sería más que un esfuerzo continuo contra la autoridad.

— El continuo conflicto de la libertad contra la autoridad debería producir necesariamente la disolución.

— En el círculo de la fe, la autoridad aprovecha á la libertad: en el campo de las opiniones, que se extiende fuera de este círculo, la libertad aprovecha á la autoridad.

— El ejercicio de la libertad supone un objeto, una materia en que ejercitarse.

— La libertad de comer, sin alimentos sería vana, tal sería la libertad de la inteligencia sin la verdad, que es un alimento, y sin la autoridad que se lo proporciona.

— La libertad de que tanto se envanecen los protestantes no es más que la libertad de engañarse y forjarse ilusiones.

— Los protestantes se han limitado el campo ellos mismos, separando la parte ocupada por la

enseñanza de la Iglesia, únicamente porque esta autoridad lastima su libertad.

Como la verdad no está sino en la Iglesia, los protestantes no han guardado para sí más que la porción en donde no se encuentra la verdad.

— Más solícitos por la libertad que por la verdad, los protestantes se privan de ésta por aquélla, antes que deber nada á la autoridad.

— Siendo la verdad el fin de la libertad de pensar, y no siendo accesible la verdad sobrenatural, sino por el auxilio de la autoridad, por querer más libertad se quedan sin ella.

— La Iglesia, en cuanto es autoridad, lejos de limitar, abre el campo de la verdad.

— La libertad no es sino el desarrollo del espíritu en la verdad, y por la verdad, de la cual es la autoridad depositaria y dispensera.

AUGUSTO NICOLÁS.

## JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La colecta para Su Santidad verificada por las señoras de Madrid asciende á la cantidad de 51.000 duros, y ha sido girada ya á su destino.

La reina Doña Isabel y el rey D. Francisco regalan á Su Santidad un precioso tríptico, en el cual descuellan hermosas pinturas del afamado pintor del siglo xv, Alberto Durero, representando la pasión de Jesús.

En el frontón de esta obra de arte se ve el escudo de León XIII, y á los lados las cifras de Doña Isabel y de D. Francisco de Asís con la corona Real.

El día 5 hizo entrega la Comisión diocesana de Barcelona de la interesante obra de arte que aquella Diócesis regala á Su Santidad y que es al propio tiempo símbolo de las glorias catalanas, muestra de adhesión á Su Santidad, y prueba de lo adelantadas que se hallan las artes en Barcelona. En aquel acto leyó una interesante Memoria el Sr. D. Joaquín de Font, en la que decía refiriéndose á la obra que se iba á exhibir en el Palacio Episcopal:

"Aquí está el facsimile de la silla de D. Martín de Aragón, fielmente reproducida por un acreditado artífice, y veréis también que para acompañar á esta joya con su debida grandeza, se construyó una severa gradería de madera de olivo, como símbolo de paz, de la cual se levantan dos riquísimas columnas de bronce dorado, que sostienen un fondo-tapiz, obra maestra en bordado, y un dosel tan rico que obliga á esta Comisión á repetir las gracias al tan inteligente cuanto activo artífice que lo regala. En ese fondo podréis ver, además del escudo de Su Santidad, el de Nuestra Señora de Montserrat y de las Mercedes; y en el dosel, y bordado con sedas, un medallón con la Virgen de las Mercedes, San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, tan primorosamente ejecutado, que bien puede competir con la más acabada acuarela.

"Vuestro escudo de armas y el de la ciudad completan la heráldica de tan artística cuanto importante parte del Trono, cuya silla se encuentra colocada sobre una rica alfombra, y tiene á sus pies, como indicando que la Diócesis de Barcelona se postra devota y humilde á besar los del Padre Santo, un cojín con el escudo de armas de la ciudad condal.

"Con el objeto de que mientras exista la silla no se pierda el recuerdo de la gran solemnidad que hoy nos congrega, y para que doquiera vaya demuestre palpablemente el acendrado catolicismo de los hijos de esta Diócesis en el último tercio del siglo xix, se han grabado en el facsimile de la silla las siguientes palabras, expresión viva del origen de ella, del destino que hoy tiene en Barcelona y del que se da á la copia:

"SS. DOMINI LEONI PAPAE XIII CATEDRAM ISTAM, CUJUS PROTOTYPUS, OLIM JOANNES II ARAGONIAE REX, NUNC VERO SSMUM. SACRAMENTUM TRIUMPHO EREDITUR:

"UNIVERSO PLAUDENTE ORBE TANTI PONTIFICIS JUBILAEUM IN SUPREMAE POTESTATIS AC REVERENTIAE OBSEQUIUM.

"EPISCOPUS, CLERUS POPULUSQUE DIAECES. BARCINONENSIS.

D. O. M.

"ANNO DOMINI MDCCCLXXXVII."

La prensa Barcelonesa tiene grandes elogios para D. Francisco de A. Carreras, en cuyos talleres se ha construido el hermoso sitio de plata dorada; para D. Antonio Oller é hijos, de cuya casa ha salido el

artístico dosel, de tisú de plata primorosamente bordado; para los Sres. Mestres y Tapis, constructores de las dos riquísimas columnas de bronce dorado que lo sostienen; para el Sr. Llorens y Rius, que lo es de la gradería, de madera de olivo, y para los Sres. Sert y Solá, en cuya fábrica se ha confeccionado la riquísima alfombra que está á los pies de la silla.

La suscripción abierta en la Diócesis de Mallorca para el donativo á Su Santidad, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, asciende á 74.676 reales 10 céntimos.

El Patriciado romano ha querido rendir un magnífico testimonio de su fidelidad inquebrantable á la Santa Sede, yendo al Vaticano el día de la Inmaculada Concepción para visitar á Su Santidad y ofrecerle ricos presentes con motivo de su próximo Jubileo. Las familias más ilustres de la nobleza romana se reunieron á este fin en la sala del Consistorio, donde estaban expuestos desde la víspera los regalos destinados al Soberano Pontífice, gracias á los cuidados de la princesa Altieri, la Marquesa Serlupi y otras damas del Patriciado.

Llegado el momento de la audiencia, el príncipe Altieri, en su calidad de presidente del Comité del Patriciado romano, expresó en nombre de todos al Soberano Pontífice los votos que el Patriciado hacía por la ventura del Santo Padre y la prosperidad y esplendor de la Sede Apostólica.

El don colectivo consiste en una magnífica casulla, tan notable por la riqueza de su bordado, como por su perfectísima confección. Esta casulla, que lleva una inscripción conmemorativa, servirá al Padre Santo para celebrar la misa aniversario de su Jubileo.

Entre los regalos particulares ofrecidos por cada una de las nobles familias presentes en la audiencia, señalaremos: unos magníficos ornamentos para el oficio de Tercia, de la familia Borghese; un antiguo tríptico, maravillosa obra de arte, de la familia Altieri; un cáliz y una columna antigua, del príncipe Chigi; dos soberbios sarcófagos, de la familia Patrizi; una casulla bordada en oro y sedas de colores, de bellísimo efecto, de la Sra. Doña Isabel Bucompagni; un magnífico frontal de altar, de los príncipes Giustiniani Bandini; otra casulla de oro y seda, de la princesa de Viano; otra igual del príncipe de Antoni; dos objetos de arte, de la princesa del Drago y del Conde Malatesta; y en fin, una multitud de ornamentos sagrados para todos los ritos, paños de altar y otras ofrendas destinadas al culto divino.

El Padre Santo permaneció bastante tiempo en la sala del Consistorio examinando los varios regalos, y hablando con todos los asistentes, expresándoles la gran satisfacción que experimentaba por esta nueva muestra de adhesión y fidelidad del Patriciado romano.

El Comisario apostólico de los franciscanos de España y sus dominios, y el Director y redactores de la *Revista franciscana*, con los ochenta mil terceros que firman el Mensaje iniciado por dicha publicación, ofrecen á Su Santidad un pequeño óbolo de cuatro mil doscientos duros, y los quince tomos de la mencionada *Revista*, en testimonio de gratitud y de piedad filial como sumisos y obsecuentes hijos.

Dice un periódico de Málaga que un rico propietario de Riogordo se propone ir á Roma en el presente mes de Diciembre con objeto de entregar á Su Santidad el Papa León XIII un precioso crucifijo, de escaso tamaño, todo de oro macizo, que tiene gloriosa historia, pues perteneció á uno de los más ilustres guerreros castellanos que estuvieron en la guerra de las Cruzadas. Muerto en un combate, el crucifijo pasó á poder de los vencedores, y fué rescatado luego por un hijo de la víctima á un precio relativamente enorme. Así se acredita en un pergamino, de cuya autenticidad no cabe abrigar dudas.

Un médico judío de Comorm ha regalado á Su Santidad un calendario universal, en cuya confección ha invertido veinte años. En este cuadro sinóptico constan los calendarios juliano, gregoriano, hebraico, hebraico-juliano y hebraico-gregoriano.

Escriben de América que con motivo del Jubileo del Padre Santo, el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, enviará á la Ciudad Eterna á un alto dignatario de la Iglesia Católica con una carta autógrafa para Su Santidad.

Según algunos periódicos americanos, este dignatario será probablemente el Emmo. Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore.



La ciudad de Milwaukee, capital de distrito en los Estados Unidos, ha celebrado el Jubileo de Su Santidad con una procesión, á la que asistieron más de 5.000 personas. Las calles y los edificios públicos estaban adornados con banderas pontificias y americanas, y una inmensa muchedumbre se oprimía en el tránsito para contemplar el paso de la procesión.

Según dicen de Bélgica, el día 16 tuvo lugar una reunión de los estudiantes de la Universidad Católica de Lovaina para tratar de la celebración del Jubileo de Su Santidad.

M. Van Gersdade, Presidente de la sociedad de estudiantes, dió lectura á un Mensaje dirigido al Sumo Pontífice. Mons. Cartuyvels, Vicerrector de la Universidad, pronunció un bellissimo discurso, en el que manifestó cuán imponente espectáculo ha de ser el que ofrezca el mundo católico desfilando á los pies de la Cátedra Apostólica y ofreciendo á León XIII riquezas sin número. En seguida anunció á la reunión que en las fiestas del Jubileo el rey estará representando por el duque de Ursel y su secretario Raoul de Lari; los católicos belgas por Mons. el Arzobispo de Malinas, y la Universidad de Lovaina por su rector Mons. Abbeloos y los catedráticos Lefèvre, Descamps y Helleputte.

En Carlsruhe, capital del gran ducado de Baden, se ha constituido un comité de festejos presidido por M. Regenauer, Presidente del Consejo de Ministros.

Todas las Asociaciones católicas de la ciudad tomarán parte en esta fiesta, que tendrá lugar el 26 de Diciembre. Además, habrá el 1.º de Enero fiestas especiales en todas las localidades del gran ducado que tienen Ayuntamiento católico.

Monseñor Marango, Arzobispo de Atenas, ha llegado á Roma encargado de poner en manos de Su Santidad una carta autógrafa del rey de Grecia felicitándole con ocasión de su Jubileo; y además es portador de ininidad de regalos que los católicos griegos dedican á Su Santidad.

La casa Armand-Callian, de Lyon, ha entregado ya la cruz pastoral que su alteza el príncipe Carlos III de Mónaco ofrecerá á Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

La abundancia de piedras preciosas que adornan esta cruz magnífica y lo artístico del trabajo hacen de ella uno de los más ricos presentes que han de admirarse en la próxima Exposición Vaticana.

Los Capellanes secretos de Su Santidad fueron admitidos en la mañana del domingo á presentar sus homenajes al Padre Santo, con motivo del Jubileo, y le ofrecieron un magnífico *In pace*, de artístico y maravilloso trabajo, adornado con una inscripción conmemorativa.

Tocan á su término los trabajos de los diversos artistas que tienen á su cargo la construcción del Trono que la Diócesis de Barcelona ofrece á Su Santidad como regalo particular con motivo de su próximo Jubileo Sacerdotal, y pronto se expondrá al público una joya que, según noticias, es de tan buen gusto como riqueza.

El día 29 de Noviembre próximo pasado llegó felizmente á Roma y fué entregado al Com. Don Felipe Folli, Presidente del Comité de la Exposición Vaticana, la expedición primera de los regalos ofrecidos á Su Santidad por la mayoría de las Diócesis de España, que salió de este puerto el 16 del mismo mes en el vapor *Gyptis*. Según noticias, el muy ilustre Sr. D. Francisco de Pol, Vicepresidente por España del Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre, está organizando una segunda remesa, de la que formarán parte importantes donativos de las Diócesis de Barcelona, Vitoria, Santiago, Burgos, Valladolid, Granada, Sigüenza, Segovia, Almería, Seo de Urgel, Coria, Jaén y Tenerife.

Del Boletín oficial de Cádiz:

«Hemos tenido ocasión de ver un precioso amito, obra verdaderamente artística, que las alumnas del Convento de la Enseñanza de San Fernando envían á Su Santidad para la próxima Exposición en el Vaticano.

Ricamente bordado en holanda, en blanco y al *lavis*, contiene en el centro una corona de espinas, y dentro de la misma el Cordero con el libro de los sellos, y sobre aquél una cruz, orlando, así al Cordero como á ésta, flores con espigas y racimos de uvas con pámpanos.

Fuera de la referida corona aparecen alrededor

bordados igualmente los atributos de la Pasión, ostentando delicadísimos calados.

Más hacia los extremos hay en todo el contorno del amito una preciosa guirnalda de flores, y en los cuatro ángulos llaman la atención, bordados al *lavis*, otras tantas imágenes que, más bien que bordadas, parecen dibujadas, representando al Señor en la oración del huerto, con la cruz á cuestas, crucificado, y la Santísima Virgen en su soledad.

Por último, un delicadísimo encaje, hecho igualmente á mano, termina esta artística y valiosa joya, que seguramente está destinada á llamar la atención de los católicos que visiten la Exposición Vaticana.»

## BIBLIOGRAFIA

*Colección de poesías inéditas* del Ilmo. Sr. D. Antonio García del Canto. — Salamanca, 1887, imp. de Hidalgo.

La distinguida escritora Doña Josefa Estevez, viuda de García del Canto, ha dado á la estampa, como homenaje póstumo de amor á su esposo, muerto el año último en Salamanca, un volumen perfectamente impreso y cuya lectura permite apreciar las altas condiciones de poeta que tuvo aquél. La primera parte del libro la constituye numerosa colección de sonetos, alguno de los cuales es de subido mérito; la segunda, poesías de diferentes géneros, inéditas en su mayoría, y la leyenda religiosa *El Misionero*; la tercera la comedia *La palma de los maridos*, y el drama *La campana de la aurora*.

La colección de poesías del Sr. D. Antonio García del Canto es merecedora de plácemes y alabanzas, que deben hacerse á la viuda del autor, feliz cultivadora, como él, de las letras patrias.

*Discurso leído en la apertura de la Academia teórico-práctica de la Facultad de Derecho en la Universidad de Zaragoza*, por el Dr. D. Angel Sánchez-Rubio Ibáñez, Marqués de Valle-Ameno, Catedrático de Economía y Hacienda pública. — Zaragoza, 1887, imp. de Ariño.

El docto Catedrático de la Universidad de Zaragoza formula en este Discurso su criterio acerca de la utilidad de las Academias de Derecho y de las condiciones en que éstas deben funcionar, para que respondan á los levantados fines que soñaron sus iniciadores.

*El movimiento continuo infalible y la dirección de los globos*, por Gregorio J. de Ugaldezubiaur, Abogado. Bilbao, 1887, imp. de Astuy.

Agradecemos al autor los ejemplares que de su folleto se ha servido remitirnos, lamentando que nuestra incompetencia en semejante índole de trabajos nos impida emitir opinión acerca del suyo.

*Narraciones de cuartel*, por Enrique Ceballos Quintana. — Madrid, 1887, imp. de Montegrifo.

El Sr. Ceballos Quintana, autor de numerosas obras militares, dramáticas, poéticas y de educación, ha aumentado el catálogo de las mismas con la titulada *Narraciones de cuartel*. Contiene, además de una copiosa colección de *Cantares*, cinco poesías con los títulos de *La leyenda del guardia*; *El artillero*; *Consejos de un veterano*; *A la guerra*, y *El héroe de filas*, y en todas ellas, además de la profunda moralidad y buen gusto que distinguen al autor, resplandece el espíritu de subordinación y disciplina tan necesario al soldado, y el noble deseo de apartarle, mediante sanas y provechosas lecturas, de las que hoy le ofrecen las corrientes modernas. El librito del Sr. Ceballos sólo cuesta 75 céntimos, y se halla á la venta en las principales librerías.

*Homenaje á León XIII, Papa Rey, en el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal*, por D. León Carbonero y Sol, Decano de la prensa católica y Director de *La Cruz*. — Madrid, 1887. — Imp. de Sucesores de Rivadeneyra.

El distinguido Decano de la prensa católica de nuestra patria, D. León Carbonero y Sol, ha dado brillante testimonio de su adhesión al Pontífice, consagrando al mismo, en las fiestas del Jubileo, un hermoso volumen de interesante y oportuna lectura. No destinándolo á la venta pública, para que no pierda su carácter de obsequio especial á Su Santidad, el Sr. Carbonero sólo ha hecho tirar setenta ejemplares de su obra, lo que acrece nuestra gratitud por el que se ha servido dedicarnos. Recibido en los momentos en que debe entrar en prensa el presente número, y sin espacio para consagrar á su examen todo el que merece, nos limitaremos á reproducir el índice de las materias que abraza, y es el siguiente:

Dedicatoria. — Año biográfico ó vida de León XIII, escrita por él mismo. — Fastos de León XIII desde 1810 á 26 de Noviembre de 1887. — Su elección y exaltación. — Su coronación. — Las siete maravillas realizadas en su elección. — *De ratione vite in Pontificatu degende*, escrita por León XIII. — Fisonomía y carácter de León XIII. — Su método de vida y ocupaciones. — Sus antepasados. — Su escudo nobiliario y su simbolismo. — Maestros de León XIII. — Devoción especial de León XIII y su familia á N. S. P. San Francisco de Asís. — Catálogo cronológico de sus Encíclicas. — Su celo por la gloria de los Santos. — Catálogo de los Venerables, Beatos y Santos de cuyas causas se ha tratado en el Pontificado de León XIII. — Progresos de la iglesia católica en América durante su Pontificado. — Su virtud y ciencia. — Su caridad. — Su munificencia. — Escritos de León XIII. — León XIII y la literatura. — León XIII y su celo por la restauración de los estudios históricos. — Sus poesías. — Juicio crítico de las poesías de León XIII publicado en *La Voz de Méjico*. — Idem en varios periódicos españoles. — Idem de O'Reilly en su *Vida de León XIII*. — León XIII poeta clásico latino; juicio crítico de Don León Carbonero y Sol. — Obra histórico-filosófica consagrada á León XIII, y escrito para solemnizar su Jubileo Sacerdotal. — Tres circunstancias notables que concurren en León XIII. — Imitación oriental á León XIII.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Cartón de musgo*. — En la fábrica de papel de Yokoping se elabora una pasta para hacer cartón, molduras, muebles y gran número de objetos diversos, empleando como primera materia los líquenes y musgos que tanto abundan en Suecia y en Noruega.

Se lavan las materias vegetales en un gran depósito, y después se agrega el 3 por 100 de una mezcla de resina y sosa, vertiendo agua encima hasta formar una pasta, que se prensa, pasándola entre cilindros y se le añade 20 por 100 de arcilla y materias colorantes. Todo bien mezclado sirve para fabricar los objetos expresados, que se obtienen en moldes con una prensa poderosa.

*Bronce á prueba de ácido*. — El Sr. Reitz ha descubierto una aleación de bronce inatacable por los ácidos y álcalis, la cual puede emplearse en los casos en que ahora se recurre á la porcelana, cristal y otros materiales, que si no son atacables por los ácidos, son en cambio muy costosos y están expuestos á romperse. La aleación se compone de cobre, plomo, zinc y antimonio, precisamente de metales ya empleados en la composición de bronce, solamente que, según el método del Sr. Reitz, varían las proporciones de la mezcla, la cual debe ser de 15 partes de cobre por 3 de cinc, 2 de plomo y una de antimonio. Esta aleación se trabaja como las demás de su clase y se emplea en la fabricación de productos químicos para diversos aparatos.

*Clarificación del agua turbia*. — En una solución de 43 por 100 de cloruro férrico y 57 por 100 de agua se sumerge una hoja de papel de filtrar, el cual se deja secar cuando queda bien impregnado; en otra solución de 43 por 100 de bicarbonato de sosa y 57 por 100 de agua se sumerge otra hoja de papel de filtrar, el cual, como el anterior, se deja secar después de una completa impregnación. La primera de estas hojas se introduce en el agua turbia, la que algunos minutos después toma un color amarillo por la presencia de la sal de hierro. En seguida que toma el color indicado y sin sacar la primera hoja, se introduce la segunda, que da al agua un color oscuro, dando lugar á la formación inmediata de carbonato férrico, cuya sustancia absorbe por completo todas las impurezas del agua por sucia y fangosa que esté, quedando cristalina y potable.

*Valor de las tierras cultivadas*. — Según la estadística inglesa, el valor del terreno cultivado en Europa representa la enorme suma de 320.450 millones de libras esterlinas. El capital empleado en el cultivo es de 45.250 millones y el de rédito anual de 64.450 millones. De todos los países de Europa, Francia ocupa el primer lugar por el valor de la tierra, que es de 80.000 millones de pesetas, y la producción anual que equivale á 9.000.500.000. Sigue Inglaterra en que el terreno representa un valor de 62.000 millones de pesetas y producción de 9.000 millones aproximadamente. Alemania ocupa el tercer lu-



gar con 50.000 millones de pesetas en tierra cultivada y una producción de 8.000.500.000. Rusia ocupa el cuarto lugar, Austria el quinto é Italia el sexto, siguiendo casi con iguales cantidades en capital y créditos nuestro país.

**Procedimiento para dar color al hierro.** — El *Metallarbeiter* indica lo siguiente: «Se hace una mezcla con una solución de 140 gramos de hiposulfito de sosa en un litro de agua, y otra de 35 gramos de acetato de plomo en un litro de agua, se calienta hasta la ebullición y se sumerge la pieza de hierro, que adquiere una coloración azulada análoga á la que toma recociéndolo.»

Introduciendo objetos de hierro en azufre derretido y un poco de hollín, se forma una capa negra de sulfuro de hierro susceptible de magnífico pulimento.

**La teja contra la pizarra.** — Hace algún tiempo ha comenzado en New York una campaña en favor del primero de ambos materiales.

El periódico *The fire and watre* (el fuego y el agua) es el porta-estandarte de la cruzada.

El principal argumento en que se apoya es en que la pizarra, sometida á la acción del fuego, se abre en todos sentidos, sobre todo al recibir agua durante un incendio, lo cual no tiene lugar en las tejas. Estas tampoco resbalan sobre sí mismas durante los fuegos, y mientras las tejas duran cuatrocientos y quinientos años, no sucede lo mismo con la pizarra.

**Escorias de los altos hornos.** — Propone un diario industrial el medio de utilizar las escorias amontonadas alrededor de los altos hornos para la fabricación del mortero empleado en las construcciones. En la composición de las escorias entran silicatos de cal y de alúmina, mezclados en proporciones variables con silicato de hierro, de manganeso y de magnesia. Cuando hay exceso de sílice, las escorias son vídrias, y terrosas si predomina la cal. Estas últimas se convierten en polvo por sí mismas, y por este motivo son las que se han utilizado para hacer morteros; pero se obtendrían mejores resultados con las escorias vídrias, que contienen bastante sílice para sustituir á la arena de los morteros.

**Un inconveniente de la luz eléctrica.** — El profesor Wiesner, botánico de Viena, ha llamado la atención sobre un inconveniente del alumbrado eléctrico. Se había observado que un gran número de volúmenes de la biblioteca de la Escuela superior técnica se enrojecían de un modo tan pronunciado, que el director de la Escuela rogó al Profesor Wiesner estudiase el fenómeno para descubrir la causa.

La experiencia ha demostrado que se debía esto á la luz eléctrica, pero que sucedía sólo con papel conteniendo sustancias leñosas, como madera, paja, yute, y que dejaba de suceder cuando por un procedimiento químico se quitaba la *li, uina* que forma parte esencial de la madera. Este color que toma el papel proviene de un fenómeno de oxidación. A la acción de la luz eléctrica sigue la solar, que obra más enérgicamente que el gas, casi inofensivo por razón de los pocos rayos refrangibles que contiene.

**La luz sonora.** — Uno de los más recientes y curiosos descubrimientos científicos es que los rayos de luz producen sonidos. Si los rayos del sol se proyectan sobre un objeto de cristal haciéndolos pasar por una lente ó un prisma, de manera que se produzca lo que se llama el espectro solar, á cada cambio de los rayos de luz que llegan al cristal, haciendo girar el prisma ó lente, se oye una serie de sonidos aplicando el oído al objeto de cristal. Es decir, que cada vez que por la descomposición de los colores se proyecta diferentes tintes de luz sobre el cristal, se producen sonidos perceptibles de mayor ó menor intensidad, según los colores.

**Cimento de azúcar.** — El azúcar de caña mezclado con cal en partes iguales da un cemento excelente, capaz de unir toda clase de piedras de construcción y hasta piezas de cristal.

El químico inglés Thomson asegura, como resultado de numerosos experimentos, que amasando *portland* con jarabe, se obtiene una materia durísima superior á todas las piedras artificiales que conocemos.

Semejante procedimiento era empleado en la India de tiempo inmemorial, pues al derribar algunas fortificaciones inmediatas á Madrás, se observó que la argamasa presentaba caracteres de dureza tan extraordinaria que resistía á los picos de acero, cual si fuera cuarzo puro. Los ingenieros encargados de la demolición analizaron el cemento y comprobaron la existencia de azúcar en el mismo, atribuyendo á esta materia el secreto de la dureza.

El Sr. Thomson también asegura, que amasando el yeso para modelar con agua azucarada de 100 gramos por litro, se obtienen excelentes resultados.

**Estuco americano para las paredes.** — Este estuco, aplicado en Washington sobre una de las alas de la casa del Presidente, conserva su brillo hace algunos años. He aquí, según *La Nature*, la fórmula de su composición:

Cal viva muy pura.....	17 litros.
Sal blanca.....	6 ídem.
Harina de arroz.....	1,500 kilogramos.
Blanco de España en polvo..	0,225 ídem.
Cola clara.....	0,500 ídem.

La cal se apaga en agua hirviendo y la lechada de cal se pasa por un tamiz fino.

La sal blanca se disuelve en agua caliente y se añade la solución á la lechada de cal pasada por tamiz. Se agrega luego el blanco de España, después la harina de arroz reducida á papilla clara por la ebullición, y por fin se echa la cola igualmente disuelta en agua caliente. A la mezcla de este conjunto de materias se añaden 20 litros de agua hirviendo.

Este estuco se aplica muy caliente, necesitándose unos 70 centilitros para revestir un metro cuadrado de pared.

**Conservación del aceite.** — Para impedir que el aceite adquiera sabor de rancio por la absorción de oxígeno del aire, basta preservarlo de la acción atmosférica, lo cual se consigue completando las botellas llenas de aceite con una capa de dos centímetros de espíritu de vino puro, y luego se pone el tapón y la cápsula, de modo que la botella quede completamente llena y libre del contacto del aire. De este modo el aceite se conserva sin alteración durante mucho tiempo.

**Luz eléctrica barata.** — Dice *Le Figaro* de París que todo el mundo habla de sustituir el gas por la electricidad; pero se olvida á qué precio sale hoy el alumbrado eléctrico.

Este inconveniente desaparece ahora á consecuencia de la reciente invención del ingeniero electricista Sr. Maiche, que ha logrado producir la electricidad y aplicarla al alumbrado con un coste ínfimo.

Sabemos que la electricidad se desarrolla de dos modos: con pilas, que son en realidad hornos en que se quema cinc en lugar de carbón y por aparatos llamados *magneto* ó *dinamo-eléctricos*, que transforman la fuerza motriz, sucesivamente, en magnetismo y en electricidad.

Estos aparatos se componen de diversas piezas sumamente delicadas, principalmente los colectores, que recogen la electricidad mediante escobas metálicas.

La máquina inventada por el Sr. Maiche no tiene colector, escoba, ni conmutador; las piezas son de la mayor sencillez y no se altera la marcha del aparato aun cuando la iluminación se aumente con una ó más lámparas.

Dícese que la producción de la electricidad es tan considerable, que hay que buscar una teoría especial para explicarla, y las disposiciones del aparato son tales, que desaparece todo peligro de incendio; pues no teniendo los conductores solución de continuidad, no se producen chispas.

Los arquitectos que están estudiando ahora el medio de instalar el alumbrado eléctrico en todos los teatros de París creen que ha resuelto el problema el nuevo aparato que, según experimentos comprobados, proporciona una potencia lumínica de 1.000 bujías, con el mismo gasto que con los *dinamo-eléctricos* conocidos hasta el día que dan solo 200.

**Modo de platear rápidamente los metales.** — El profesor Zinno propone el siguiente medio, para conseguir en diez minutos el plateado de cualquier objeto metálico.

Se prepara una disolución de nitrato de plata, á la que se añade otra de sal común hasta que no aumente el precipitado que se formará en el fondo del vaso; se decanta el líquido sobrante, y á la sal de plata así obtenida, lavada repetidas veces, se añade poco á poco una disolución de 15 por 100 de cianuro potásico, con lo cual se consigue disolver el precipitado, que en seguida se filtra y embotella, guardándolo en sitio oscuro.

Cuando se desea platear, se pone la disolución en una cápsula ó vaso de cristal del tamaño que exija el objeto destinado á ser plateado, que se sumerge, después de bien limpio con agua mezclada con cualquier ácido enérgico, el nítrico por ejemplo, y para que dentro del baño tome dicho objeto la

capa de plata que se desea no hay sino ponerlo en contacto con una lámina de cinc, también muy limpia. Esto bastará para que á los diez minutos quede perfectamente plateada la pieza metálica, que puede hermosearse á poca costa empleando el procedimiento siguiente: junto al baño se tiene una vasija dispuesta con polvo de crémor de tártaro, donde una por una se restregan suavemente todas las piezas, que se enjuagan después en agua clara y se secan con un paño limpio ó una piel de gamuza.

Conviene para secar con más rapidez, sobre todo si hay intersticios ó huecos, meter los objetos en una caja llena de serrín muy limpio y seco, que absorbe pronto la humedad.

**Higiene en los derribos.** — Se ha observado en Francia que entre los jornaleros que se ocupan en las demoliciones y derribos de edificios viejos es frecuente el desarrollo de fiebres tifoideas, intermitentes, ó enfermedades palúdicas é infecciosas contraídas indudablemente por la influencia de los micro-organismos que existen entre los materiales y que al removerlos se esparcen por la atmósfera.

Para evitarlo, una comisión de higiene ha propuesto las siguientes medidas:

1.<sup>a</sup> Rociar los escombros con líquidos que contengan en disolución sustancias antisépticas y desinfectantes, como por ejemplo, sales de cobre, de hierro ó de cinc.

2.<sup>a</sup> Regar los muros de los derribos, antes de picarlos, para disminuir el polvo.

3.<sup>a</sup> Vaciar las alcantarillas y los pozos negros, secarlos y desinfectarlos con ácido sulfuroso (quemando azufre), y, en general, hacer esta operación en todos los parajes subterráneos donde deban estar algún tiempo los trabajadores.

4.<sup>a</sup> Llevar á cabo el avenamiento y la desecación de las cavidades que puedan originarse por efecto de la remoción del suelo.

5.<sup>a</sup> Vallar y vigilar con cuidado los derribos á fin de impedir su acceso al público.

6.<sup>a</sup> Establecer cantinas, en las que puedan los trabajadores procurarse con poco gasto sopa, vino, y sobre todo café caliente, que no estén adulterados.

7.<sup>a</sup> Dar instrucciones á los médicos que habitan en la circunscripción á fin de que en los casos de fiebres tifoideas ó intermitentes que se produzcan, avisen inmediatamente á las oficinas municipales, para que éstas centralicen las noticias y procedan sin retraso á adoptar medidas higiénicas.

8.<sup>a</sup> Nombrar una comisión encargada de velar por la buena ejecución de las medidas indicadas, además de las que puedan parecer útiles y de las generales que en tales circunstancias se acostumbra á tomar.

**La máquina de fluidos.** — He aquí lo que dice nuestro apreciable colega *El Porvenir de la Industria* de un artefacto inventado por el ingeniero señor Rouviere:

«Para la demostración experimental de su invento, D. Luis Rouviere ha instalado en la calle de Mallorca un modelo en pequeño de su máquina de fluidos. La caldera, que es sumamente perfeccionada, calienta sólo el agua y recalienta el vapor, evitando así el paso del calor á través del líquido, lo cual exige un aumento en el gasto del combustible. El hogar modificado lanza los productos de la combustión á través de un conducto especial sinuoso, lo cual les obliga á ceder casi todo el calor, saliendo luego después de calentar el agua de alimentación por la chimenea, merced á un ventilador. En el momento en que presenciamos la marcha, el termómetro introducido en la chimenea marcaba para los gases lanzados al espacio 40° centígrados.

«El vapor producido pasa á un inyector, especial invento del Sr. Rouviere, el cual, aspirando el agua de un estanque cercano, la eleva y deja caer sobre una turbina, cuyo eje es el árbol primer motor. Casi todo el calor del líquido se ha convertido en trabajo, pues el agua al salir sólo marcaba 20° centígrados, marchando la caldera á 6 atmósferas.

«El sistema es, pues, aprovechar en cuanto sea posible el calor; éste, una vez transformada el agua en vapor, lo utiliza mediante la caída del líquido en forma hidráulica. Como se comprende, la máquina de vapor ha quedado eliminada por completo con este sistema.

«También tuvimos el gusto de examinar en casa del Sr. Rouviere la nueva forma que ha dado á las lámparas de gas. En un salón de su casa ha montado tres tipos distintos: hace su estudio en el empleo del aire caliente para la combustión. Para ello hace descender 6 ú 8 centímetros los globos, obligando al aire á que descienda y penetre luego en el tubo. Mediante la forma especial que da á éste y la disposición de una platina en el mechero, cambia los tres



tipos que vimos lucir. En uno de ellos la combustión era completa y la luz enteramente blanca.

» No podemos menos de felicitar á nuestro distinguido colega y colaborador por el éxito de sus estudios. »

*Procedimiento sencillo para fabricar aceite de pepitas de uva.* — Merece ser conocido el siguiente, que parece se emplea con éxito en Italia: al salir el escobajo de la prensa, se hace secar y se separan las pepitas con un harnero. Cuándo están bien limpias y secas, se muelen como el trigo; cuanto más fina es la harina, mayor es la cantidad de aceite que proporciona. La molienda de ese grano exige un cuidado especial; la primera porción debe tamizarse, volviendo el residuo á la muela y así sucesivamente, añadiendo poco á poco agua en las muelas á medida que se opera este trabajo.

El producto se echa luego en calderas, vertiendo por cada 10 kilogramos 3 litros de agua, la cual se introducirá por un agujero practicado en el centro de la masa y que llegue hasta el fondo del recipiente. Se somete luego el caldero á un calor suave, revolviendo y batiendo la masa constantemente para evitar que se aglomere, y se deja al fuego hasta que la mano no pueda resistir la temperatura.

De esa operación depende el rendimiento de la pasta, pues cuanto más homogénea es mayor la cantidad de aceite.

La harina, aún caliente, se coloca en filtros de franela, se prensa y se continúan las demás operaciones á que se someten los demás granos oleaginosos.

Después del primer prensado, se revuelve y estruja bien la harina con la mano y se vuelve á la prensa.

Cien kilogramos de pepitas de uva, si es bien madura, dan 10 á 12 kilogramos de aceite.

*Procedimiento para aumentar la dureza de la madera.* — El *Woodworker* da cuenta de un procedimiento por medio del cual se aumentaría hasta tal punto la dureza de la madera, que el pino, por ejemplo, no podría ya rajarse sino por medio de la cuña y de la maza.

Consiste este procedimiento en tratar la madera por el vapor, lo mismo que se hace para encurvar la madera; después se la somete á una presión que la comprima al máximo de 75 por 100 de su volumen primitivo.

Parece que por este medio se consigue que las maderas blandas, hasta ahora impropias para ciertas aplicaciones, como, por ejemplo, la construcción de coches de ferrocarriles, puedan reemplazar con ventaja á la encina y á otras maderas duras.

La parte interesante y verdaderamente nueva de este procedimiento es que, según nuestro colega, la compresión no tiene lugar en el sentido de la aproximación de las fibras, sino al contrario, es decir, que en vez de conservar la madera así tratada su longitud y disminuir su sección, ésta se mantiene invariable, y toda la disminución de volumen se hace exclusivamente á expensas de la longitud.

Parece que la madera tratada por este procedimiento puede ser empleada al cabo de poco tiempo.

*Pintura duradera para entarimados.* — Se hace con ocre francés, cola y agua en la proporción de veinte partes de la primera sustancia, una de la segunda y diez de agua bien limpia.

*Cola para fotografías.* — Para unir las pruebas fotográficas á la cartulina aconseja el Sr. Blohouse que se use engrudo de almidón, al cual se haya adicionado de 5 á 6 por 100 de bicarbonato de sosa, preparación que se debe hacer todos los días y emplearla pronto.

*Peligro de usar objetos niquelados.* — En Austria se ha prohibido la venta de los objetos de cocina niquelados, porque está probado que el vinagre y otros ácidos empleados en la condimentación de las comidas disuelven el níquel y producen envenenamientos más violentos que con el cobre.

## NOTICIAS

Su Santidad ha concedido á la insigne Iglesia Colegiata del Sacro Monte de Granada el título y preeminencia de *Iglesia Magistral*.

Este título obliga á todos los Canónigos á ser doctores, á semejanza de los que antiguamente

hubo en la Magistral de Alcalá, fundada por el Cardenal Cisneros, y ennoblecida con tal distintivo por León X en 1510. También les ha concedido el Papa poder usar mangas en los roquetes en invierno y borlas moradas en los bonetes y solideoos.

El día de la Purísima estrenaron dichas borlas los Sres. Canónigos, y en conmemoración del suceso repartieron á los pobres camisas y ropas de abrigo.

La *Voce della Verità* ha publicado las siguientes noticias sobre los trabajos de la Capilla Papal, que se prepara encima del peristilo de la Basílica Vaticana:

« La bóveda está concluida. Brilla de manera extraordinaria por el oro y los grandes rosetones, mezclados con adornos, donde se destacan los emblemas del escudo de León XIII: la estrella, la flor de lis, la rosa y el ciprés. A lo largo de las paredes todas las columnas quedaron ya embellecidas y doradas; los espejos que corren entre las mismas, adornados con mármoles de varios colores, llevan en medio las armas del Sumo Pontífice. Sobre los arcos de las grandes ventanas se ven ángeles de estuco. En la altura, entre un arco y otro, corren festones dorados sostenidos por un genio. En el interior de las ventanas que dan á la Basílica se han dispuesto las tribunas de doble orden muy decoradas. En el fondo de la sala, encima del altar, brilla una especie de inmensa custodia de 18 metros, en medio de la cual sobresale la Trinidad. Al lado del altar se levantará el trono Pontificio. Una tercera parte del sitio será ocupada por la Capilla propiamente dicha, como también por los puestos reservados al Sacro Colegio y á la Corte, quedando lo demás para el público. »

Un año más los obreros de la escuelas de la *Asociación de Católicos* de Valencia que se presentaron á los exámenes de la Económica de Amigos del país han sido honrados por esta distinguida corporación con medalla de plata. Esto habla muy alto en favor de la instrucción esmerada que en sus escuelas da al pobre artesano la *Asociación de Católicos*.

Han abjurado sus errores en la Colegiata basílica de la Seo de Manresa los Sres. D. Luis del Pino y Doña Enriqueta Cullen, profesores y fundadores de la escuela laica, establecida año y medio atrás en aquella ilustre ciudad. La concurrencia al acto fué extraordinaria, y la retractación categórica y nobilísima.

El Sr. del Pino ha pertenecido veinte años á la secta luterana.

Ha jurado el cargo de Senador el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá.

Acaba de hacerse en Roma un descubrimiento interesantísimo.

Según la tradición, San Pedro y San Pablo, después de su martirio, fueron enterrados en su casa, habiéndose construido en el sitio que ésta ocupó la basílica dedicada á ambos santos. Hace un año que D. Germano, Guardián de la iglesia actual, empezó á practicar excavaciones que han tenido completo éxito.

Bajo el enlosado se han encontrado dos cuartos con las paredes cubiertas de pinturas decorativas. Al lado de éstos un salón grande también pintado, y por último, un pasillo estrecho que era sin duda la *fenestella* por donde se veían las tumbas de los dos santos.

Todo ello parece datar del siglo IV; una de las pinturas ofrece la particularidad de ser la representación más antigua que se conoce de una escena de martirio, pues los primitivos pintores cristianos evitaban esta clase de asuntos.

El Sr. D. José Luis Galán de la Osa, libre pensador y redactor del impío papel que con el título de *El Tintinnabulum* se publica en Sevilla, ha hecho pública retractación de sus errores entrando en el seno de la Religión católica.

A bordo del vapor *Viscaya* han salido del Carril para Tánger los Misioneros franciscanos, fray Luis Agrasar, fray José Escolá, fray José Betanzos, fray Jesús Iglesias, y el hermano lego fray José Muniesa, del Colegio de Santiago.

Dentro de poco tiempo se instalará en Palencia la Congregación de Siervas de María, Angeles de la Caridad, que se dedican, según los fines de su instituto, á la asistencia gratuita de los enfermos en su propio domicilio.

Basta leer el reglamento de esta religiosa Congregación para comprender las grandes ventajas é in-

menos beneficios que han de resultar en pro de los enfermos que por especiales circunstancias no tienen quien, con las condiciones de asiduidad y cariño necesario, les asista en sus enfermedades; condiciones que, digan lo que quieran los detractores de las asociaciones religiosas, no se pueden sustituir sino con el bálsamo santo de la caridad, el cual se encuentra en la Iglesia Católica.

Los grandes resultados prácticos que están dando las Siervas de María en las muchas poblaciones donde se halla instalado este instituto habla muy alto en su favor y es motivo suficiente para que Palencia se felicite de tenerlas en su seno.

En un comercio de Valencia se halla expuesto el artístico álbum que la academia de la Juventud Católica de aquella capital remite á Su Santidad León XIII con motivo de sus próximas Bodas de Oro. Está encuadrado en terciopelo color granate, con adornos y alegorías de oro, plata y esmaltes, conteniendo magníficos trabajos originales en prosa y verso, y varias piezas musicales de sus socios. La primera hoja contiene una bellísima dedicatoria escrita de puño y letra de su presidente honorario el Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la Diócesis.

Es un trabajo que honra á la distinguida academia y á todos sus socios.

Del puerto de Barcelona ha salido el vapor *Segovia*, que conduce á Civitavecchia la segunda remesa de objetos donados á Su Santidad León XIII por varias Diócesis de España, organizada por la Vicepresidencia española. La expedición consta de 23 bultos, de peso 1.370 kilogramos, correspondiendo á la Diócesis de Coria, tres bultos; á la de Segovia (segundo envío), un bulto; á la de Vitoria, cinco bultos; á la de Valladolid (segundo envío), un bulto; á la de Jaca, un bulto; á la de Urgel (segundo envío), un bulto; á la de Tarazona (segundo envío), tres bultos; á la de Santiago de Compostela (segundo envío), dos bultos; á la de Sigüenza (segundo envío), un bulto; á las de Almería, Granada y Burgos, un bulto; á la de Barcelona (segundo envío), un bulto; y á los Escritores Españoles, que tienen ya reunidos unos mil volúmenes que en la actualidad se están encuadrando, un bulto.

El Cardenal Arzobispo de Valencia ha designado al canónigo Sr. Barbarrós para que represente á la Diócesis en la diputación española encargada de presentar á Su Santidad el Papa León XIII los regalos que hace España con ocasión de las Bodas de Oro.

La Diócesis valenciana ocupa el segundo lugar entre todas las de España en dichos regalos.

## NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Sevilla, Sor Mercedes Grau, de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

En Mahon, el Maestrescuela de aquella Catedral, Don Juan Pons y Fábregues.

En Plegamans (Barcelona), el Cura Párroco Don José Giral y Laporta.

JABÓN REAL	VIOLET única inventor	JABÓN
de THRIDACE	29, Bd des Italiens, PARIS	VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas por higiene de la piel y belleza del color.



## ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25  
(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS  
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.